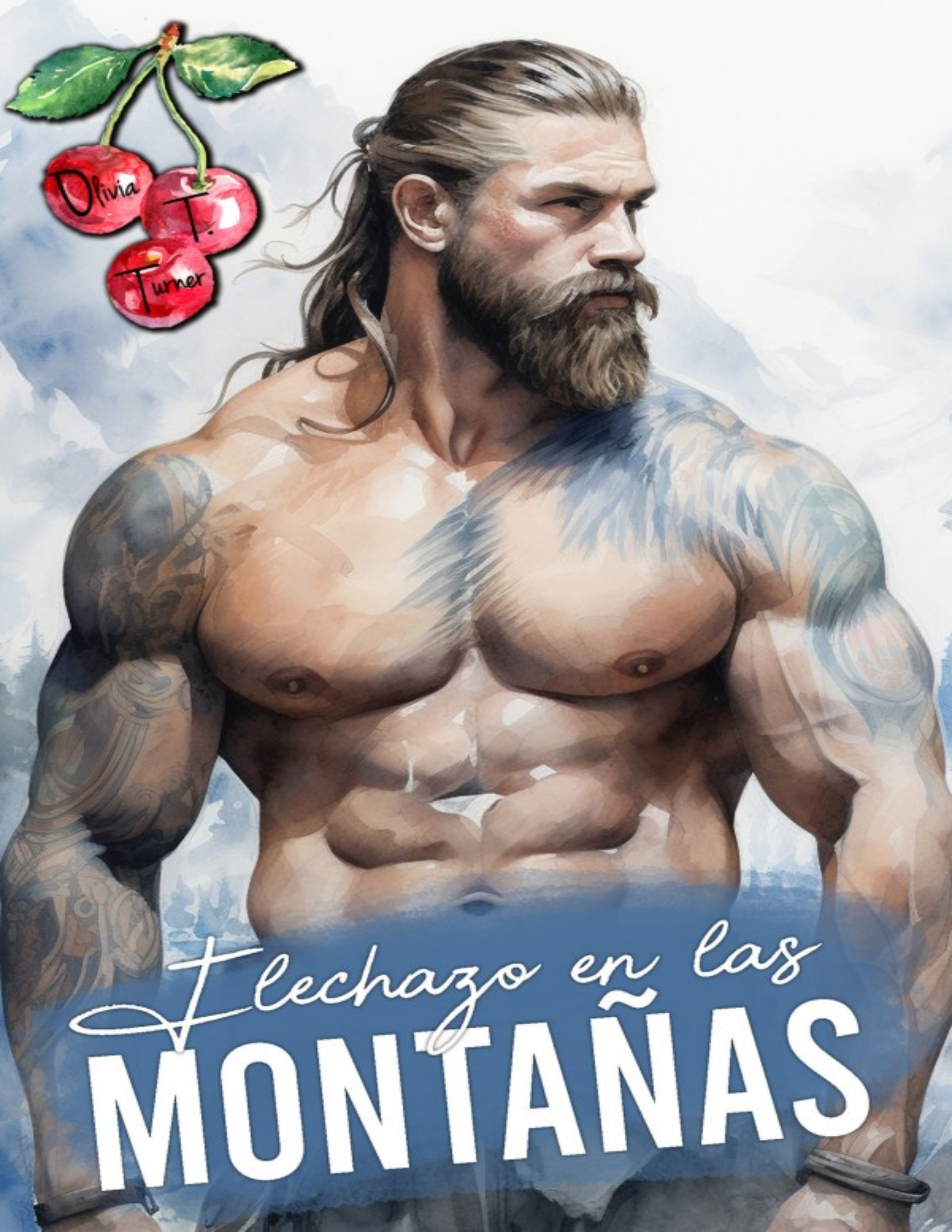

Olivia T. Turner
Flechazo en las
MONTAÑAS

FLECHAZO EN LAS MONTAÑAS

LOS CHICOS DE LA MONTAÑA GREENE
LIBRO 8

OLIVIA T. TURNER



Copyright© 2025 por Olivia T. Turner.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo correo electrónico, fotocopias, impresión, grabación o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora.

Para solicitudes de permiso, envíe un correo electrónico a Olivia@oliviatturner.com.

¡Gracias por apoyar mi trabajo!

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con eventos reales, negocios, empresas, lugares o personas, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.
www.OliviaTTurner.com

FLECHAZO EN LAS MONTAÑAS

Ciudad nueva. Trabajo nuevo. Vida nueva.
¿Novio nuevo?
O al menos eso es lo que parece pensar el montañés cañón que me devora con la mirada.
Julian trabaja en el equipo de Búsqueda y Rescate de la Montaña Greene.
También es el dueño del negocio de puenting, y ahí es donde lo conozco.
Esos preciosos y posesivos ojos se clavan en mí mientras me ata la cuerda a los tobillos.
Estaba preparada para caer del puente, pero ¿caer rendida por este hombre despampanante?
Para eso no estaba preparada.
Pero cuando tienes la suerte de que el destino te sonríe, te lanzas.Saltas.
Y no miras atrás.
Y eso es lo que hago.Caigo…
En más de un sentido.

¿Alguien ha pedido un pibón barbudo un poco obsesionado con su chica? ¿Y qué me decís de un montañés enorme y posesivo que viene bien armado? ¡Ven a por él mientras esté caliente!

«Insta-love» en estado puro, sin engaños y con un final feliz superdulce garantizado. ¡Que lo disfrutes!

Para Colleen,
Que me enseñó lo que significa ser atrevida cuando se plantó delante de un desconocido que estaba como un tren y le plantó un beso en los labios.
A su novia no le hizo ninguna gracia, pero esa es otra historia...



ÍNDICE

Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Epílogo
Epílogo
Epílogo

Otras Obras
Otras Obras

CAPÍTULO UNO

Abby

El problema de hacerse un tatuaje es que se queda en tu cuerpo para siempre.

Está guay si tienes una carpa koi en el brazo, un dragón en la espalda o una fresita mona en el hombro, pero cuando te tatúas tu frase favorita en la cara interna de la muñeca, puede llegar a pesarte. Tienes que verla todos los santos días.

Sé valiente.

Y cuando no estás a la altura de la frase, puede ser francamente deprimente.

Me hice el tatuaje el día que me gradué del instituto. Tenía dieciocho años y estaba llena de sueños de aventuras. Mi cabeza rebosaba de planes emocionantes sobre todos los lugares lejanos que visitaría y todas las experiencias fascinantes que me cambiarían la vida y que me esperaban.

El instituto había terminado y por fin era libre. Libre para visitar todos los continentes, libre para conocer a gente increíble, libre para convertirme en la mujer valiente, inteligente y consumada que sabía que algún día sería.

Bueno, pues eso no pasó. Ni de lejos.

Ahora tengo veintitrés años y durante los últimos cinco he estado trabajando en la trastienda del destartalado concesionario de coches de segunda mano de mi tío, archivando papeles, preparando contratos aburridísimos y sufriendo la agónica contabilidad. Me fui de casa de mis padres en Sacramento hace unos años, pero necesité como diecisiete tarjetas de crédito solo para poder pagar el alquiler yo sola, así que me mudé a un piso con compañeros.

Siete. Sí, *siete* malditos compañeros de piso.

Y no era guay y divertido como en *New Girl*. El pervertido de la casa no era adorable como Schmidt. Era un divorciado de cincuenta y dos años llamado Gary que estoy bastante segura de que me olía los zapatos.

Teníamos dos cuartos de baño y el piso siempre estaba sucio, olía mal y siempre había alguien discutiendo con otra persona. Lo odiaba.

Cinco años estuve viviendo así.

Cinco años cogiendo el autobús para ir al concesionario de mi tío tacaño y quedándome mirando la muñeca por el camino. *Sé valiente*. Menuda puta broma. Debería haberme tatuado *Sé patética* en la muñeca. No había habido aventuras, ni experiencias emocionantes, ni nada que me hubiera cambiado la vida.

Con solo veintitrés años, ya me había dado por vencida y me había sometido a la vida. Me había rendido.

Me di cuenta hace tres semanas. Y fue un buen golpe.

Estaba de pie en el autobús abarrotado de camino al trabajo —con un calor que superaba el de la superficie del sol—, atrapada entre el sudoroso cuerpo de un hombre fofo y un adolescente que sostenía un monopatín que se me clavaba en la parte baja de la espalda. Estaba empapada en sudor, cansada, hambrienta y de una mala hostia increíble.

Era lunes por la mañana, así que tenía toda la semana por delante, y sabía que mi tío me haría sentir culpable para que trabajara *otro* sábado. Ya me estaba agobiando solo de pensarlo.

Sentí una gota de sudor deslizándose por mi muñeca y, cuando levanté la vista, vi *Sé valiente* brillando a la luz del sol.

Todo mi cuerpo se estremeció. Apreté los dientes y me quedé mirando aquel tatuaje, jurando que cambiaría mi forma de vivir.

Todo estaba mal. Todo tenía que desaparecer.

Mi trabajo, mi piso, mi actitud, mi falta de autoestima y, lo más importante, mi completa apatía hacia mi vida.

Ni siquiera esperé a la siguiente parada. No podía. Estaba demasiado encendida.

Me abrí paso a empujones hasta la parte delantera y le dije al conductor del autobús que tenía que bajarme *ya*. Se giró con un bufido de fastidio, probablemente a punto de decirme que volviera a mi sitio hasta la siguiente parada, pero debió de ver la determinación en mis ojos y pensó que no merecía la pena discutir. Paró el autobús y me bajé en medio de la nada.

La aventura había comenzado.

Ahora, tres semanas después, estoy en otro autobús.

Y estoy aterrorizada.

—Sé valiente —susurro mientras me froto la tinta negra desvaída de la muñeca y miro por la ventanilla. El paisaje es espectacular. No he visto montañas como estas en mi vida. Son tan impresionantes que se me está poniendo la piel de gallina.

—Perdona, ¿has dicho algo, querida? —pregunta la anciana sentada delante de mí al darse la vuelta.

—No, solo estaba… admirando el paisaje —digo con una sonrisa.

—¿A que es maravilloso? —dice mientras mira la enorme montaña por la que estamos pasando—. Me encantan la Montaña Greene. Vengo aquí todos los veranos para alegrarme la vista.

—Sí, las montañas son preciosas —digo mientras me agacho para ver el imponente pico.

—No hablaba de las montañas —dice con una risita—. ¿Has estado antes en la Montaña Greene?

—No —contesto, exhalando con nerviosismo—. Ni siquiera he pisado un bosque desde que estaba en tercero de la ESO.

—Pues te va a encantar —dice con otra sonrisa—. Disfruta de tus vacaciones.

—En realidad, me mudo aquí —digo, rebosante de energía nerviosa.

—¿Ah, sí?

—Sí, necesitaba un cambio —digo con la voz acelerada—. Las cosas no me iban bien en casa, así que busqué algo nuevo y encontré una pastelería que buscaba personal. Ni siquiera he trabajado en una pastelería en mi vida, pero hice la entrevista por Zoom y me contrataron, así que aquí estoy. Es una locura, ¿verdad? ¿No será un error?

La mujer está a punto de responder, pero la atropello con mis palabras, incapaz de dejar de hablar.

—El trabajo no paga mucho, pero puedo vivir en un pequeño apartamento encima de la pastelería, así que supongo que eso está bien. Ni siquiera he salido de Sacramento sin mis padres, así que estoy un poco asustada. Pero a veces hay que ser valiente en la vida, ¿no? A veces solo tienes que saltar fuera de tu zona de confort y hacer lo que te da miedo.

Me mira de forma extraña mientras me froto la muñeca como una loca.

—Bueno, pues buena suerte —dice mientras se da la vuelta rápidamente y se pone los auriculares.

—Todo va a ir bien —me susurro a mí misma mientras pasamos por otra montaña gigante—. Esto es *genial*.

El autobús llega y salgo de la estación para dirigirme al pueblo. Es… adorable. Increíblemente adorable. Me quedo con la boca abierta, asombrada, mientras recorro una impresionante calle adoquinada tras otra.

Todas las tiendas son monísimos comercios independientes con las puertas abiertas, carteles de colores y mesas fuera con sus productos expuestos. Farolas de estilo antiguo bordean las calles, con grandes macetas colgando de ellas que rebosan de flores de colores vivos. Y por todas partes me rodean estas espectaculares y majestuosas montañas que se recortan contra el cielo azul brillante mire donde mire.

El aire huele de maravilla. Es tan fresco... como a tierra y pino.

Todo el mundo parece feliz y se toman su tiempo al caminar por las aceras. No es como en el centro de Sacramento, donde todo el

mundo siempre intenta arrollarte con las prisas. La gente aquí parece *relajada*. Se respira un ambiente zen. Ya me encanta.

Voy cargando con mis dos bolsas y girando la cabeza de un lado a otro, intentando asimilarlo todo, cuando llego a la panadería.

La vieja puerta de madera está abierta y el olor a pan recién hecho me invita a entrar.

Voy a ponerme como una foca.

No sé cómo se supone que voy a resistirme a ese pan cuando salga del horno. Si sabe la mitad de bien de lo que huele, mis caderas y mi culo están en serios problemas.

Sonrío al mirar el cartel de madera que cuelga de una fina cadena. *Warm Loaf Bakery*. Este es el sitio.

Estoy nerviosa, pero también emocionada, al entrar. Mire adonde mire, me reciben bandejas de delicias recién horneadas. Se me hace la boca agua mientras entro en la tienda vacía y miro a mi alrededor. Hay unas cuantas mesas redondas junto a la pared de ladrillo y un largo mostrador con una vitrina de cristal.

Siento una oleada de energía al asomarme por encima del mostrador a la zona de trabajo. Ya me imagino ahí detrás, con un delantal puesto y el pelo recogido. Prepararé dulces deliciosos mientras charlo con la gente del pueblo y me hago amiga de todo el mundo.

Todos sabrán mi nombre, y yo el suyo, y la jefa, Trish, me pasará el brazo por los hombros después de la hora punta y dirá:

—Abby, ¡no sé cómo nos las arreglábamos antes de tenerte!

Va a ser genial.

Trish sale de la trastienda con una vieja novela romántica de bolsillo en la mano. Lleva otra metida en el delantal.

—¡Abby! —dice con una gran sonrisa cuando me ve—. ¡Has llegado!

—¡Sí! —digo, sintiendo como si me vibrara todo por dentro—. ¡Ya soy una mujer de la Montaña Greene!

—Claro que sí —dice mientras se acerca y coge una de mis bolsas—. Bienvenida a nuestro adorable pueblecito. Te va a *encantar* esto.

Aún estoy que echo chispas de la emoción mientras me sube al piso de arriba para enseñarme mi nuevo hogar.

—Nuestra anterior empleada vivía aquí arriba, pero volvió a casa para ayudar a su madre enferma. Está amueblado, pero eres libre de decorarlo como quieras. También puedes entrar y salir por la puerta de atrás fuera del horario de apertura cuando no estés trabajando. Hay un porche con una escalera.

La sonrisa se me ensancha en la cara cuando entro en el adorable apartamentito. Es pequeño, pero muy acogedor, y es todo mío. Hay una cama individual junto a la pared con una mesilla de noche y una vieja y excéntrica lámpara turquesa que me fascina.

Hay un escritorio junto a la ventana, una cómoda, una tele y mi propio cuarto de baño, que no tengo que compartir con siete compañeras de piso desordenadas y desconsideradas. Es perfecto.

—¿Qué te parece? —pregunta Trish mientras deja mi bolsa en el crujiente suelo de madera.

—Creo que me he enamorado —digo mientras miro por la ventana con asombro. Una agradable brisa fresca entra por las cortinas y mantiene todo el lugar despejado a pesar del calor del verano. La vista es maravillosa. Puedo ver las montañas a lo lejos y da directamente a la calle. El cotilleo de la gente desde aquí arriba va a ser de primera. Ni siquiera voy a necesitar la tele que cuelga de la pared.

—Pasa el día de mañana conociendo el pueblo e instalándote —dice mientras se alisa el delantal—. Empiezas el domingo por la mañana. Bien tempranito, a las cinco.

No recuerdo la última vez que me levanté a las cinco de la mañana, ni si lo he hecho alguna vez, pero no me importa. Estoy tan feliz ahora mismo que será un placer saltar de la cama.

—Muchas gracias por la oportunidad —le digo, volviéndome hacia ella con una sonrisa—. Sé que no tengo experiencia, pero aprendo rápido y yo...

De repente, pasa a mi lado a toda prisa y corre hacia la ventana.

—¿Qué pasa? —pregunto mientras me apresuro a reunirme con ella. Hay un montón de gente preocupada reunida frente al edificio de enfrente.

—No lo sé —dice mientras vemos llegar a más gente—. Ese es el edificio de Búsqueda y Rescate. Quizá haya desaparecido alguien.

—¿En plan, secuestrado?

Ella niega con la cabeza.

—Oh, cielos, no. Por aquí, suele ser un excursionista que se sale del sendero y se desorienta.

—Ah —digo—. Espero que esté bien.

—*¡Sí!* —susurra Trish de repente.

—¿Qué pasa? —le digo mientras intento mirar por encima de su hombro. Estoy detrás de ella y apenas puedo ver.

Se vuelve hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja.

—Prepárate para el espectáculo.

Me aprieto a su lado. Me deja pasar a regañadientes.

—¿Qué estoy mirando? No veo... *Ah*.

El hombre más atractivo que he visto en mi vida camina por la acera con un enorme perro de San Huberto de orejas caídas al final de una correa y con una niña de siete años acurrucada en sus grandes y musculosos brazos. Lleva el pie vendado, pero por lo demás parece estar bien, salvo por unas cuantas hojas en el pelo y un roto en la camiseta.

Mi corazón da un vuelco cuando mis ojos saltan de nuevo hacia el hombre despampanante que la lleva. Parece sacado de la portada de la novela romántica que Trish lleva en el delantal. Pelo largo y rubio recogido en una coleta, barba poblada, un cuello como el tronco de un árbol y unos ojos azules que brillan hasta desde aquí.

Lleva una camiseta de tirantes ancha y unos vaqueros rozados. Esos brazos flexionados parecen más apetitosos que los dulces de abajo.

Trish y yo lo miramos en un silencio atónito. Ambas observamos con asombro cómo los padres de la niña corren hacia ellos y la abrazan. La multitud vitorea mientras el padre coge a la niña y la simpática familia se reúne en un cálido y amoroso abrazo.

Se me llenan los ojos de lágrimas al contemplar la emotiva escena.

El tío bueno da un paso atrás y sonríe mientras el perro olfatea la farola.

No puedo superar a este tipo. No puedo quitarle los ojos de encima. Es tan grande. Tan alto, ancho y musculoso. Este hombre parece que puede partir esa farola por la mitad con sus propias manos.

Se me hace más la boca agua que con el olor del pan recién hecho mientras lo miro sin ningún pudor. Mis ojos recorren su corpulenta figura, desde sus hombros redondos a su enorme pecho y su vientre plano que sé que está esculpido bajo esa camiseta de tirantes ancha. Sus vaqueros azules se ciñen a sus musculosos muslos y ya puedo decir que tiene un culo increíble, aunque todavía no lo haya visto por detrás.

Llega una ambulancia y los paramédicos salen corriendo a examinar a la niña.

—Tiene el tobillo torcido —dice el hombre con una voz profunda que me provoca un hormigueo por toda la piel—, pero por lo demás, está bien.

La suben a la ambulancia para un chequeo rutinario y los padres se meten con ella. Todo el mundo saluda con la mano mientras la ambulancia se aleja por la calle tan rápido como llegó.

—¿Quién *es* ese? —pregunto sin aliento mientras me lo quedo mirando. Está en medio de la calle, viendo cómo se aleja la ambulancia. El viento le agita el pelo largo y rubio y me quedo anonadada por la intensidad de su belleza. Este hombre es increíble. Siento *algo* que me recorre todo el cuerpo. Un hormigueo, un anhelo... No sé lo que es, pero ya sé que voy a estar pensando en este hombre toda la noche.

—Ese es Julian Long —dice Trish, sin quitarle los ojos de encima —. Largo de apellido y… en otros sitios.

Me quedo con la boca abierta al girarme hacia ella. —¿Lo has visto?

—Ojalá —susurra mientras se recrea la vista con él—. Pero sabes que tengo razón. Dios no crearía una obra de arte como esa para luego escatimarnos la mejor parte.

Exhalo larga y profundamente al volver a mirarlo. Estoy segura de que tiene razón. Un hombre como ese —con ese aire de

confianza suprema que emana de él— probablemente es tan grande ahí abajo como en todo lo demás.

Está increíblemente bueno. Parece hecho para vivir en plena naturaleza. Como si hubiera brotado de estas mismas montañas ya hecho un hombre.

—Trabaja en Búsqueda y Rescate —dice mientras él se acerca a la multitud y dice unas palabras que no podemos oír desde aquí—. Son tres. Todos increíblemente guapos. Colin Hill es el grandullón gruñón, pero Molly se lo quedó. También está Aiden Hughes, que está bueno *y* soltero. Pero Julian es mi favorito. También está soltero. Si tuviera treinta años menos, iría a por él de cabeza. Me perdería en el bosque cada maldita semana para que viniera a buscarme.

No la culpo. Me dan ganas de adentrarme en el bosque ahora mismo.

Me pregunto si me sacaría en brazos con esos pedazo de brazos...

La gente de la multitud le da las gracias y empieza a dispersarse lentamente. Lo observamos hasta que todo el mundo se ha ido y se queda a solas con el precioso perro.

Julian se inclina y le susurra algo al sabueso mientras le rasca detrás de su gran oreja flácida. Maldito perro con suerte.

—Ese es Charlie —dice, poniéndome al día de todos los detalles del pueblo—. Es el mejor perro de Búsqueda y Rescate del estado.

Charlie es una monada, pero no puedo dejar de mirar a su dueño. La forma en que es tan fuerte y a la vez tan tierno y gentil con el perro. No puedo evitar imaginarme esas manos sobre mí y me da escalofríos.

Julian se levanta y vuelve a entrar en la oficina de Búsqueda y Rescate con Charlie. Se me encoge el corazón cuando la puerta se cierra y ya no puedo comérmelo con los ojos.

Trish se levanta y se ríe al verme todavía mirando la puerta, conmocionada.

—Acostúmbrate, chica —dice mientras me pone una mano en el hombro al pasar a mi lado—. La Montaña Greene está llena de tíos buenos de montaña como él. El lugar más caliente del universo.

—Pero… ¿Por qué? ¿Cómo?

Se encoge de hombros. —Es mejor no hacer demasiadas preguntas y simplemente disfrutar de las vistas.

Ya siento que este chico se me ha metido bajo la piel. Quiero volver a verlo. *Necesito* volver a verlo.

—¿Julian viene alguna vez por aquí? —pregunto. Hasta yo puedo oír la desesperación en mi tono.

Trish se ríe. —Tómatelo con calma, Abby. Acabas de llegar.

—¿Pero viene? —tengo que saberlo.

—De vez en cuando —dice—. Pero la gente con abdominales como esos no come muchas pastas. También es copropietario del puesto de puenting. Funciona en el puente Angel Arc los fines de semana. Puedes probar suerte allí.

¿Puenting?

Un cliente entra en la pastelería, así que Trish se disculpa y baja las escaleras a toda prisa.

Me da vueltas la cabeza mientras miro la puerta cerrada de Búsqueda y Rescate al otro lado de la calle.

El puenting suena aterrador. Es algo que *jamás* habría hecho en el pasado. Ni siquiera me lo habría planteado. Me habría reído en tu cara si me hubieras pedido que fuera.

Me froto el tatuaje de la muñeca mientras respiro hondo.

—Sé valiente —susurro.

A la mierda la prudencia y a la mierda ir a lo seguro.

Estoy aquí para ser aventurera. Estoy aquí para ser valiente.

Miro a mi alrededor, a mi increíble nuevo apartamento, y sonrío. Mira lo que me ha traído hasta ahora ser atrevida… Todo esto.

Ya está. Mañana por la mañana, me voy al puente Angel Arc. Voy a coquetear con el dueño buenorro y luego voy a saltar del puente sin dudarlo.

Voy a ser valiente.

Aunque me aterrorice.

CAPÍTULO DOS

Abby

—¿Adónde vas tan mona? —me pregunta Trish cuando atravieso la pastelería a la mañana siguiente. Me dirijo a la puerta con mis zapatillas de correr, pantalones cortos y una camiseta de tirantes.

Me mira la camiseta y sonríe con picardía. Es un poco escotada. Es una camiseta de tirantes para llamar la atención y eso es lo que he planeado para hoy: que se fijen en mí.

—A dar una vuelta por ahí —digo con inocencia mientras paso por delante de la clienta que está en la caja. Es una mujer de veintitantos años con unas grandes gafas de sol sobre su larga melena negra.

—¿Vamos a perdernos por el bosque o a saltar de un puente? —pregunta Trish con una risita.

La clienta se gira y me mira raro. Trish se ríe al ver la cara de la mujer.

—Es nueva en el pueblo —le explica Trish a la clienta confundida —. Ayer vio a Julian Long.

—¡Ahhh...! —dice la mujer, como si de repente todo cobrara sentido—. Está *buenísimo*. Mi hermana estuvo enamorada de él durante diez años.

—¿Diez años? —digo, sintiéndome fatal por su pobre hermana. Yo llevo enamorada de él diez horas y ha sido una tortura. No puedo imaginarme una década de amor no correspondido por ese hombre tan guapo.

—Más o menos —dice ella encogiéndose de hombros—. Ahora está casada. Su marido es un plasta. Solo habla de golf. Qué asco.

—Entonces, ¿qué es? —dice Trish, ignorándola—. ¿Bosque o puente?

—Puente —respondo con un cosquilleo nervioso en el estómago. Todavía no estoy segura de poder dar el salto. No me gustan las alturas y, desde luego, no me gusta la idea de lanzarme desde ellas.

—Toma, come algo —dice Trish mientras me lanza un bagel caliente—. Intenta no echárselo todo por encima al monitor de puenting buenorro.

Le doy las gracias y salgo deprisa con una carcajada. Conociéndome y con la suerte que tengo, es probable que hiciera algo así.

Ha salido el sol y el tiempo es perfecto. No puedo evitar sonreír mientras miro a mi alrededor este increíble pueblo. Aún no me lo creo. Todavía estoy alucinada de que exista un lugar como este. ¿Por qué no me he mudado aquí antes?

Hay una frescura revitalizante en el aire que parece estar calándome hasta el alma, porque camino un poco más rápido con una energía desbordante que no estoy acostumbrada a tener.

Mis ojos se desvían hacia el edificio de Búsqueda y Rescate cuando paso por delante. Siento que me sonrojo al recordar la magnífica estampa de Julian salvando a esa dulce niña.

Estuve pensando en ello toda la noche. Esos grandes brazos protectores sosteniendo a esa afortunada niña, la mirada en sus ojos, la forma en que estaba tan tranquilo y sereno, como si salvara gente todos los días y no fuera para tanto.

Incluso me he despertado en mitad de la noche bañada en un sudor febril. Las sábanas estaban enroscadas alrededor de mi cuerpo sudoroso, el corazón me latía con fuerza, mi sexo *ardía*, y la hermosa imagen de Julian estaba plantada en mi cerebro como una raíz pertinaz que no podía arrancar.

La única forma en que pude volver a dormirme fue tocándome para aplacar un poco de aquel ardor. Me corrí más fuerte que nunca.

Respiro hondo y paso deprisa por delante del edificio como si fuera culpable de algo.

En cuanto doblo la esquina, respiro un poco más tranquila. Paso por delante de un restaurante chulo con una gran terraza que los camareros están montando. Dentro hay un restaurante y una gran zona de bar con estanterías de botellas iluminadas con un resplandor azul muy original. Parece que es el sitio de moda por la noche.

Miro el letrero y sonrío. *Jack Jameson's Bar and Grill*. Tendré que probarlo. Con suerte, acompañada de cierto hombre atractivo de Búsqueda y Rescate.

El puente Angel Arc está a unos treinta minutos a pie, pero no me importa en absoluto. El paisaje es espectacular, las calles son entretenidas y estoy aprovechando el tiempo para mentalizarme.

No puedo ser tímida y apocada con un tío como Julian. Probablemente tenga docenas de mujeres tirándole los tejos cada semana. Tengo que causarle una buena impresión. Tengo que ser audaz y aventurera.

Ese es el tipo de chica que le debe de gustar. O sea, trabaja en Búsqueda y Rescate en las montañas y, además, tiene un negocio de puenting. Tiene que ser del tipo aventurero para hacer todo eso y seguro que quiere una chica que pueda seguirle el ritmo.

No dejo de pensar en él durante todo el camino: mientras ando por la carretera junto al arroyo cantarín, mientras contemplo los árboles gigantes que bordean una callejuela con las casas más adorables, y mientras empiezo a seguir un camino que se adentra en las montañas. El señor Julian Long domina mi mente. Quiero saberlo todo sobre él. Me vuelve loca saber tan poco.

He intentado investigarlo en internet, pero lo único que he encontrado ha sido un antiguo perfil de Facebook con tres fotos de un Charlie mucho más joven. Ni una sola de él. Vaya decepción.

Doy un rodeo y un gigantesco puente en arco aparece en la distancia. Me detengo en seco y me quedo boquiabierta al verlo. Es *enorme*.

Esa mole inmensa está encajada entre dos montañas y, muy abajo, corre un río embravecido. Es todo de acero y está jodidamente alto.

El corazón empieza a latirme con violencia a medida que me acerco. Esos rápidos de ahí abajo son *impresionantes*.

¿Voy a tener que saltar de esa cosa? ¿Es una broma?

Quizá no soy la chica aventurera que Julian busca. Quizá no soy la chica para él.

Ese pensamiento me da ganas de llorar, pero entonces miro el tatuaje de mi muñeca y me armo de valor. Hago de tripas corazón y me acerco con los hombros hacia atrás y la cabeza alta.

Yo soy ese tipo de chica. *Yo* elijo quién soy.

Hay unas veinte personas en el puente. Algunas esperan su turno para saltar y otras simplemente miran. Busco por todas partes, pero no veo a Julian.

¿Debería saltar aunque él no esté aquí?

Decido saltar pase lo que pase. Tengo que ser aventurera por mí, no por un tío.

Un grito resuena por el cañón cuando una chica salta. Me acerco por detrás, así que no la veo. Solo oigo cómo su grito de terror se convierte en uno de alegría cuando la cuerda rebota.

—Madre mía… —susurro con un nudo en el estómago. El cuerpo me pide a gritos que me dé la vuelta, pero sigo caminando por el sendero de tierra hasta llegar al puente de acero. Lo recorren unas viejas vías de tren, pero parece que no se han usado en décadas. Da la impresión de que este puente solo se utiliza para una cosa: aterrorizar a los turistas.

—Hola —me dice con una sonrisa una chica de veintipocos años mientras se me acerca. Lleva un chaleco azul claro en el que se lee *Greene Mountain Bungee*. Su placa de identificación dice Ivy—. ¿Has venido a mirar o a saltar?

—Esto… a saltar —respondo, tragando saliva.

Se ríe. —No pareces muy segura.

—Estoy segura —digo con voz temblorosa—. Estoy lista.

—¡Genial! Soy Ivy. Bienvenida a *Greene Mountain Bungee*. —Me explica lo que me espera y lo que tengo que hacer. No puedo evitar

pensar que me resulta familiar. Tiene el pelo largo y rubio y unos ojos azules brillantes. ¿Es ella…?

—¿Eres la dueña? —pregunto cuando está sacando los formularios.

—Soy copropietaria —dice—. Lo llevo con mi hermano Julian.

—Ah… —digo mientras siento un cosquilleo por todo el cuerpo—. Qué bien.

—Él es quien te va a sujetar el arnés —dice como si nada. Siento que se me tensa todo el cuerpo mientras continúa—: Necesito que firmes este formulario de descargo de responsabilidad y que pongas tus datos aquí.

Apenas puedo leerlo. Después de esto voy a tener los nervios destrozados. Por el salto, por Julian… los próximos treinta minutos van a ser una locura.

—Puedes elegir —dice Ivy— entre mojarte en el río o parar justo encima.

—Ah.

—No tienes que decidirlo ahora —dice—. Puedes echar un vistazo y luego decírselo a mi hermano Julian.

Paso la tarjeta por el datáfono e Ivy sonríe. —¡Estupendo! Puedes esperar en la cola del puente y ponerte cuando estés lista. Si quieres, puedes ver un par de saltos para hacerte una idea de lo que te espera.

—Es seguro, ¿verdad?

Asiente con la cabeza para tranquilizarme. —*Muy* seguro. Estarás en buenas manos con mi hermano. Cuidará bien de ti.

Se me sonrojan las mejillas mientras fuerzo una sonrisa. Espero que no se dé cuenta de que ahora mismo tengo la mente llena de pensamientos guarros. Todos protagonizados por las «buenas manos» de su hermano, y yo pensando en todas las formas en las que podría «cuidar bien de mí».

Ivy se va para recibir a una pareja que sube por el camino de tierra detrás de mí, así que respiro hondo y me adentro en el puente de acero.

Otra persona salta. Esta vez es un chico, aunque no lo dirías por su chillido agudo mientras cae.

Tengo la vista fija en la zona cercana a la plataforma, pero no veo mucho con toda la gente que me tapa. Finalmente, llego a un lugar con una vista despejada y veo a Julian mirando por el borde.

—Joder —susurro al verlo de espaldas. Vaya culo tiene. Lo sabía.

Lleva el pelo rubio recogido en una coleta y viste un polo azul claro y vaqueros. Su espalda musculosa parece enorme mientras se inclina y agarra la gruesa cuerda de puenting.

Una profunda punzada sexual se desata en mi cuerpo mientras lo observo empezar a tirar de la cuerda. También hay una máquina que sube la cuerda, pero supongo que es demasiado lenta para él, o quizá está haciendo ejercicio, porque lo está haciendo todo él solo.

Me muevo hacia un lado, intentando conseguir una mejor vista. No le quito los ojos de encima. Está jodidamente bueno.

Tiene los pies grandes bien plantados en el suelo y las piernas, gruesas y musculosas, separadas mientras se enrolla la pesada cuerda alrededor de su antebrazo flexionado y empieza a tirar.

Me quedo boquiabierta, mirándolo con asombro. Los hombros, los brazos y el pecho se le marcan cada vez que tira hacia atrás con un gruñido. Tira con fuerza y sube la cuerda varios metros cada vez, moviéndose más rápido de lo que la máquina sobre su cabeza podría hacerlo jamás.

Solo por esto ya ha merecido la pena pagar la entrada. Esos enormes músculos de la espalda contrayéndose, sus brazos cachas al máximo… este tío sabe cómo montar un espectáculo.

Sube al hombre y le desata la cuerda de puenting de las piernas.

Después va una pareja y los ata a los dos juntos. No sé si yo sería capaz de hacer algo así. Me preocuparía demasiado que mi compañero de salto me diera un cabezazo en la boca o algo por el estilo.

Me meto en la cola y los veo saltar. Los dos gritan durante toda la caída. El río ruge debajo de ellos: rápidos de aguas bravas y rocas que sobresalen. Si esa cuerda se rompe, estás más que muerto.

Ambos tocan el agua, sumergiendo las manos y la cabeza. Vuelven a subir chorreando.

La vista es increíble mientras Julian los sube, gruñendo con cada potente tirón. Sus músculos se contraen y se tensan con el esfuerzo

de subir a *dos* personas. Yo me contraigo y me tenso con el esfuerzo de reprimir un gemido.

Hay seis personas delante de mí. La siguiente chica que va está muy nerviosa. Mantengo la vista en Julian y sonrío al ver cómo la tranquiliza.

—Yo te sujeto —le dice con una voz suave y tranquilizadora—. No dejaré que te pase nada. Te lo prometo.

—Vale —dice la chica, mirándole fijamente a sus preciosos ojos azules como si estuviera hipnotizada por ellos—. Lo haré.

Salta y, por alguna razón, siento una punzada de celos. No quiero que este hombre se preocupe por nadie más que por mí.

El siguiente chico también está nervioso y, de nuevo, Julian lo tranquiliza y consigue que salte. Es muy bueno con la gente. Calma a los nerviosos y se divierte con los que están emocionados. Bromea y se nota que disfruta de verdad con esto.

Solo queda una persona delante de mí. Un hombre de unos cuarenta años. Le entra el canguelo en el último momento y prácticamente huye despavorido.

Ahora me toca a mí.

Julian está ocupado subiendo al hombre corpulento y con sobrepeso que ha gritado durante toda la bajada. Justo cuando está a punto de subirlo a la plataforma, echa un vistazo y me ve por primera vez.

Me quedo helada. Se me encoge el corazón con toda la fuerza de esos deslumbrantes ojos azules sobre mí. Son tan *intensos*.

Julian se queda boquiabierto mientras me mira, conmocionado. Parece olvidar que está subiendo a un hombre, porque su cuerpo se relaja y la cuerda se le escapa de las manos. La cuerda se desenrolla y el hombre corpulento vuelve a gritar mientras hace un segundo e inesperado salto de puenting gratis.

Julian no aparta su ardiente mirada de mí. Me está mirando como si nunca más fuera a mirar a otro lado.

Su enorme y fornido pecho sube y baja con cada pesada respiración que toma.

El contacto visual es puro fuego. Arde mientras nos miramos con la intensidad de una estrella en explosión.

El tipo no deja de gritar aunque su segundo salto extra haya terminado. Julian finalmente parece volver a la realidad y comienza la ardua tarea de subir de nuevo al pesado hombre. Yo comienzo la divertida tarea de observarlo.

No deja de mirarme cada dos por tres y la sensación de esos ojos azules sobre mí —con una mirada tan posesiva, tan hambrienta— hace que todo mi cuerpo cobre vida.

Algo está pasando entre nosotros. Desde luego, no miraba así a las otras chicas; ni siquiera a la morena mona con el pecho generoso. Me está mirando como si viera a una chica por primera vez.

No estoy segura de si es buena idea distraer así al monitor de *puenting*, pero ahora no me voy. Ni de coña.

Julian sube al chico y le desata los pies. No deja de mirarme. Mucho, pero que mucho.

—El siguiente —dice con esa voz profunda y sexy que retumba como un trueno.

Sus ojos están clavados en los míos mientras me acerco y le doy mi tique. Intento mantener la compostura, pero me estoy sonrojando y las comisuras de los labios se me curvan en una sonrisa.

De cerca es todavía más grande. Solo quiero acercarme e inhalar su aroma masculino.

—¿Abby Reynolds? —pregunta después de leer mi nombre en el tique.

Junto las manos, estiro los brazos y me pongo de puntillas. —¡Presente!

—Desde luego, eres todo un regalo —susurra para sí, tan bajo que apenas puedo oírlo.

Estoy nerviosísima. Siento mariposas en el estómago. Nunca he hecho nada como esto; ni el *puenting* ni lo de acosar a alguien. Ambas cosas son territorio nuevo para mí.

—¿Has saltado alguna vez?

—No —digo, aunque ya siento que me estoy cayendo.

—¿Estás nerviosa?

Lo miro con el corazón desbocado. —Un poco.

—No dejaré que nada te haga daño —dice, como si fuera una promesa—. Me mira fijamente y el magnetismo entre nosotros está desatado—. He de protegerte, porque eres mía.

Trago saliva. —Vale. Gracias…, Julian.

Sonríe al oír su nombre en mis labios. Por suerte, lleva una placa identificativa, así que no tengo que explicar con bochorno cómo sé quién es.

Me acerca a la cuerda y se inclina para atarme. Siento un escalofrío cuando sus manos grandes y fuertes me rodean los tobillos.

Mi coño palpita, probablemente esperando que esas manos suban más arriba, pero se va a llevar una buena decepción cuando se dé cuenta de que mis tobillos y mis gemelos son los únicos que van a recibir la atención del montañés buenorro.

Me aprieta las correas mientras lo miro desde arriba. Una oleada de calor me recorre al tenerlo tan cerca. Su cabeza está *ahí mismo*.

—¿Quieres mojarte? —pregunta con una voz profunda y gutural.

—¿Perdona? —digo, casi atragantándome con mis palabras.

—¿Quieres tocar el río?

—Ah. Vale —digo encogiéndome de hombros—. Espera, ¿quiero? No quiero darme de cabezazos con un pez…

Demasiado tarde. Esas manazas ajustan la cuerda y ya ha terminado.

—Listo —dice mientras me mira con una sonrisa—. Ya estás preparada.

Subo a la plataforma y miro hacia abajo. Se me cae el alma a los pies. Me mareo. La excitación ardiente se convierte en un manojo de nervios.

Retrocedo instintivamente con un grito ahogado. Intento dar un paso atrás, pero tengo las piernas atadas y me caigo.

Julian me sujeta con esos brazos grandes y preciosos.

—Puedes hacerlo, Abby —me susurra al oído—. Sé que eres el tipo de mujer que puede mover el mundo. Puedes hacer cualquier cosa, preciosidad.

No quiero decepcionarle.

Tampoco quiero decepcionarme a mí misma.

Respiro hondo y miro las palabras tatuadas en mi muñeca.
—Sé valiente, tía —susurro.
Y entonces, salto del puente.

CAPÍTULO TRES

Julian

Se lanza y mi corazón se va con ella.

¿Qué coño acaba de pasar?

Todavía estoy en shock mientras me abalanzo sobre la barandilla y la observo caer.

He preparado miles de saltos hasta ahora, pero esta es la primera vez que me he preocupado. Siento un nudo en la garganta mientras la veo caer en picado, rezando para que la cuerda sea lo bastante fuerte como para sujetarla. Mi vida entera está atada al extremo de esa cuerda. Mi futuro, mis sueños, mi chica... todo se me está escapando.

Suelto un suspiro de alivio cuando la cuerda se tensa. Su cabeza y sus brazos se sumergen en el río y sale disparada hacia arriba.

Sus gritos de alegría resuenan por todo el cañón. Me sacan una sonrisa mientras la escucho. Es el sonido más sobrecogedor que he oído jamás.

La adrenalina me corre por las venas mientras la veo caer de nuevo y luego rebotar hasta detenerse. Se balancea con los brazos abiertos de par en par, como un ángel.

No sé quién es, pero ya lo ha cambiado todo. Siento cómo mi obsesión por ella se clava en mi alma. Está echando raíces ahí

dentro y sé que nunca desaparecerá.

Es la mujer de mi vida. No sé cómo lo sé, pero es así. Cada célula de mi cuerpo lo sabe.

Esta chica es *mía*.

El motor de la polea empieza a gemir y a rugir al ponerse en marcha, subiendo a mi ángel. No es lo bastante rápido para mí, así que cojo la cuerda y tiro de ella para subirla tan rápido como puedo. Necesito volver a verla.

Mi Abby.

Necesito saber qué pone en el tatuaje de su muñeca. Lo leyó en un susurro antes de saltar.

Me arden los brazos y los hombros mientras tiro de la cuerda, desesperado por volver a mirar esos impresionantes ojos verdes.

Miro por el borde y gimo al verle el culo en esos pantalones cortos. Su camiseta de tirantes blanca está empapada y pegada a esas tetas redondas y respingonas. La lleva metida por delante, pero no por detrás. Me encuentro con una visión de suave piel sonrosada y aspiro una bocanada de aire al imaginarme pasando la palma de la mano por su curvada espalda mientras le hundo la polla hasta el fondo.

Oh, joder...

Ya la he liado. Se me está poniendo dura. Me roza el muslo y tira de la parte interior de mis vaqueros. Con cada tirón, se frota contra la tela rugosa y se pone más dura.

Chilla una última vez antes de que la suba. Su pelo castaño sigue ondulado a pesar de estar completamente mojado. La amplia sonrisa de su cara es radiante. Ojalá pudiera hacerle una foto ahora mismo. La ampliaría y la usaría para empapelar mi salón.

Se agarra a mis hombros mientras la rodeo con mis brazos. Sienta tan bien. Tan suave y curvilínea. También huele delicioso, a pan recién hecho y perfume de vainilla. Se me hace la boca agua mientras la atraigo hacia mí y la llevo a la plataforma.

Estamos pecho contra pecho mientras la bajo hasta que sus pies tocan el suelo. Su camiseta está mojada, pero no me importa. Puedo sentir su corazón latiendo contra el mío. Ya están sincronizados al mismo ritmo. Ya laten el uno por el otro.

Mis brazos siguen rodeándola con fuerza. Debería soltarla, pero parece que no puedo obligarme a hacerlo. No soy tan fuerte.

Le bajo la mirada a su boquita sexi. Gotas de agua del río se aferran a sus labios. Se las quita con la lengua y mi polla se sacude en mis pantalones. Se me hace la boca agua.

Es tan guapa.

Su pelo castaño es un desastre por culpa del salto, pero eso la hace mucho más atractiva. Está rebosante de adrenalina y emoción. Esos ojos verdes y vivaces parecen mágicos mientras me miran fijamente. Todavía está en la cresta de la ola por el salto, o quizá sea por otra cosa.

Le cojo suavemente el brazo y se lo levanto para verle el tatuaje.

—Sé valiente —susurro mientras lo leo.

Ella sonríe.

—Vale.

Me rodea el cuello con los brazos, se pone de puntillas y me besa.

Jooooder...

Sus labios suaves, menudos y apetitosos tocan los míos y estoy *perdido*.

Nunca volveré a ser el mismo.

Apoyo la palma de la mano en su espalda y la sujeto contra mí mientras la beso como te garantizo que nunca la han besado. Deslizo mi lengua voraz entre sus labios deliciosos y exploro su boca mientras le arranco gemidos desde lo más profundo de su ser.

Paso la mano por su salvaje pelo castaño mientras aplastamos nuestros labios. Sus suaves tetas se aprietan contra mi pecho y cualquier esperanza que tuviera de que se me bajara la erección desaparece cuando siento sus pezones duros clavándose en mis pectorales.

Una necesidad intensa y un deseo abrasador me recorren mientras la hago mía. Ni siquiera me importa que haya un puente lleno de gente esperando y observando. Estoy demasiado ocupado disfrutando del dulce y suculento sabor de mi ángel.

—¿Perdona? —dice la voz de mi hermana mientras siento un golpeteo insistente en el hombro.

La ignoro todo lo que puedo, saboreando el momento con mi Abby, pero mi hermana pequeña puede ser un puto incordio. No para hasta que se sale con la suya.

—¡Julian! —me sisea al oído—. ¡Qué poco apropiado!

Me da igual, pero Abby se aparta con una sonrisita tímida.

Me giro y miro la cola de gente. Hay unas treinta personas, todas mirándonos en shock.

—¿Quizá te apetezca sacar la lengua de la boca de esa clienta y quitarle la cuerda elástica? —dice Ivy con las cejas arqueadas y las manos en las caderas.

Me gustaría tirar a mi hermana de este puente ahora mismo, pero es tan peleona que probablemente me arrastraría con ella.

No creo que Abby quiera causar más problemas porque se sienta en el taburete y me sonríe.

—Vale —le gruño a Ivy—. Ya me encargo de ella.

—Sí, eso es lo que me preocupa —murmura ella antes de marcharse.

Ni siquiera puedo enfadarme con ella. No con este ángel que tengo sentado delante. Me arrodillo frente a ella y me asalta el impulso de pedirle que se case conmigo.

—Eso ha sido increíble —dice, todavía sonriendo de oreja a oreja —. La adrenalina aún le corre por el cuerpo. Y eso me hace preguntarme… ¿Ese beso se ha debido a lo que siente o a la adrenalina?

Alzo la vista hacia su cara y, de repente, siento el corazón martilleándome en el pecho. Es que es increíble. Las pecas que salpican sus mejillas sonrojadas son adorables. Solo quiero parar el tiempo para poder tomarme todo el que quiera en estudiar cada centímetro de su ser. Es espectacular. Esas orejitas monísimas, esa nariz perfecta, esos dientes blancos y rectos, salvo uno que está un poco torcido. Me *encanta*. Le da a su sonrisa mucho más carácter y vida.

Sus pechos se le salen de la camiseta de tirantes por haber estado tanto tiempo colgada boca abajo. Me giro con un gruñido posesivo para ver si algún salido de la cola está mirando lo que es

mío. No quiero compartir a esta chica con nadie. La quiero solo para mí.

Bajo la cabeza a la fuerza y empiezo a soltar las correas. Las aflojo y luego le sujeto las pantorrillas mientras guío sus pies para que salgan.

Estar tan cerca de sus piernas, arrodillado frente a ellas, es una tortura. La deseo tanto. Solo puedo pensar en cogerla por las rodillas y abrírselas de par en par.

Cuando se ve libre, se levanta del asiento de un salto.

—Yo… necesito volver a verte —digo, con la voz embargada por el deseo—. ¿Estás aquí de vacaciones?

No sé qué haré si dice que sí. Si hace falta, lo dejo todo y me voy. Seguiré a esta belleza por todo el mundo para estar a su lado.

Niega con la cabeza mientras retrocede con una sonrisa. —Soy nueva en la ciudad.

La tensión de mi cuerpo se desvanece. *Gracias a Dios.*

—Ven a verme a la pastelería —dice con una sonrisa—. Empiezo a trabajar allí mañana.

Lo único que puedo hacer es quedarme mirándola en un silencio atónito mientras se muerde el labio inferior y luego se da la vuelta, alejándose dando saltitos como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo.

No le quito los ojos de encima mientras se va. Se gira para mirarme dos veces.

La primera, sonríe. Yo la miro en un silencio atónito.

La segunda, me lanza un beso. Casi me desmayo.

Desaparece al doblar la esquina y lucho contra el impulso de correr tras ella.

No sé qué demonios me ha pasado. ¿Qué ha sido eso?

A mi hermana le gustaría saber lo mismo.

—¿Qué ha sido eso? —me sisea Ivy en la cara. Tiene el puño clavado en la cadera y no parece muy contenta—. ¿Delante de los clientes, Julian? Venga ya.

Sacudo la cabeza, que me da vueltas, y me disculpo, aunque siento que no hay nada por lo que disculparse. Cuando ves a tu alma gemela, vas a por ella con todo lo que tienes.

—Atiende a nuestros clientes, por favor —dice Ivy, poniendo los ojos en blanco.

Se aleja a toda prisa mientras yo me paso una mano por la cara, intentando quitarme esta sensación de borrachera que tengo.

—Muy bien —digo en voz alta a la multitud—. ¿Quién es el siguiente?

Tres mujeres están de pie en la línea amarilla, retorciéndose, empujándose y dándose codazos mientras me sonríen abiertamente.

—¡Yo! —dicen las tres a la vez.

CAPÍTULO CUATRO

Abby

—Oh, tienes que estar de broma —mascullo mientras la alarma del despertador retumba junto a mi cabeza. Me estiro y cojo el móvil con un gruñido.

4:45.

Esto va a ser duro.

Salgo de la cama rodando (literalmente), voy al baño, me lavo los dientes, me echo un poco de maquillaje y bajo las escaleras.

La pastelería ya está a pleno rendimiento. Trish se mueve como un torbellino por todo el local, revisando los hornos y trabajando en un millón de sitios a la vez. Su animal espiritual debe de ser un pulpo, porque parece que tiene ocho brazos. En lo que tardo yo en bostezar, ha echado especias en un cuenco, ha sacado una bandeja de panecillos del horno, ha mezclado otro cuenco y ha fregado tres platos. Es increíble.

No sé ni por dónde empezar, así que me pongo un delantal y empiezo a fregar los platos sucios que hay en el fregadero.

Un tipo raro de mi edad se acerca arrastrando los pies y con la boca abierta. Tiene el pelo negro y grasiento y unas gafas redondas y gruesas que hacen que sus ojos parezcan de bicho. Ya me imagino que no era el chico más popular del instituto.

—¿Eres Abby?

—Sí —digo con una sonrisa alegre—. ¡Esa soy yo!

—¿Te gustan las teorías sobre películas?

—¿Cómo?

—Teorías sobre películas —repite, como si eso fuera a aclarar algo la segunda vez que lo oigo.

¿Pero de qué narices está hablando este tío? Son las 5:02 de la mañana, mi cuerpo me pide a gritos que me tumbe en el mostrador y cierre los ojos, ¿y este tipo me habla de teorías sobre películas? ¿Hay café por alguna parte?

Miro a mi alrededor mientras él se acomoda a mi lado. Se apoya en el fregadero y se sube las gafas por la nariz con el dedo índice.

—Tengo un foro —dice—. Se llama «Teorías sobre películas que te volarán la cabeza». ¿Has oído hablar de él?

—Pues no.

Eso parece sorprenderle.

—¿En serio? Porque tenemos más de dos mil cien miembros.

—Debo de habérmelo perdido —digo con una risa nerviosa—. ¿Debería empezar mi formación o…?

—A veces también hablamos de teorías sobre series, pero sobre todo nos centramos en las películas.

—Ajá —murmuro mientras miro a Trish por encima de él. Está de un lado para otro en la zona de la entrada como el demonio de Tasmania. Está ocupada sacando una bandeja de bollos con una mano mientras remueve un cuenco con la otra. Huelen de maravilla.

—Scott, ¿estás otra vez con las dichosas teorías sobre películas? —grita Trish cuando lo ve hablando conmigo.

—No —responde Scott.

—Deja en paz a la pobre Abby —dice mientras se acerca y lo espanta. Él vuelve a su puesto en la parte de atrás.

—Es mi sobrino —susurra—. Le debía un favor a mi hermana. No le hagas ni caso. En fin, ahora mismo estoy contigo. Buen trabajo con los platos. ¡Me encanta esa iniciativa!

Sonrío mientras ella vuelve a la parte delantera.

Me doy toda la prisa que puedo y consigo fregar la mitad para cuando Trish se acerca, secándose las manos en el delantal.

—Muy bien, señorita Reynolds. Aprendamos a hacer daneses de arándanos.

Soy toda oídos mientras saca un montón de ingredientes. Apenas ha empezado y ya me he perdido. Se mueve muy deprisa.

—Y tendrás que separar las yemas de los huevos —dice a toda velocidad mientras casca un huevo y lo deja deslizarse entre sus dedos. Echa la parte amarilla en el cuenco grande y guarda la clara en otro. Ni siquiera sabía que se podía hacer eso—. Zumo de limón, vainilla, y luego lo mezclas hasta que quede bien homogéneo.

Me espera.

—¡Ah! —digo cuando me doy cuenta de que quiere que lo haga yo. Busco una cuchara o algo con lo que mezclar. Como no veo ninguna, cojo un cucharón.

—¿Qué es eso? —pregunta Trish, mirándome como si le hubiera caído un chorro de ese zumo de limón en la boca—. Usa la batidora eléctrica o vamos a estar aquí todo el día.

—Oh. Claro.

Tardo demasiado en poner las varillas en la máquina y luego en buscar un enchufe. Trish pierde la paciencia y me la quita de las manos. La monta en dos segundos y luego me la devuelve.

La meto en el cuenco, aprieto el botón y la mitad de los ingredientes salen volando por el mostrador. Scott se ríe entre dientes desde su puesto, donde nos está espiando. Vaya, hasta el sobrino rarito se ríe de mí…

—Enciéndela fuera del cuenco y métela poco a poco —dice Trish mientras recoge los ingredientes con las manos y los vuelve a meter en el cuenco—. Ahora, mira con atención.

Intento concentrarme en sus manos, que se mueven a toda velocidad.

Estirar el hojaldre, me digo a mí misma mientras ella vuela por el espacio. *Recortar los bordes, pintarlo con clara de huevo, hacer un nido de hojaldre doblando las esquinas, poner el relleno de arándanos dentro.*

La cabeza me da vueltas con todas las tareas para cuando Trish ha terminado un danés.

—Los daneses son lo más fácil de hacer en la pastelería, así que puedes empezar con ellos.

Me quedo con la boca abierta. ¡¿*Eso* es lo más fácil de hacer en la pastelería?! Estoy apañada.

—¿Lo has pillado? —pregunta Trish.

—Eh, sí. Creo que sí.

—Bien. Haz diecinueve.

—¡¿Diecinueve?! —casi chillo.

—En realidad, haz veinte —dice mientras mete el suyo en el horno—. Este me lo voy a comer yo.

Veinte. Veinte daneses. Esto me viene muy grande.

Veo mi tatuaje y respiro hondo.

Sé audaz, Abby. Sé audaz.

—Sin problema, jefa —digo con una voz firme y segura—. Marchando.

—Sabía que me caerías bien —dice Trish con una sonrisa antes de correr hacia un horno que está pitando. No le voy a caer tan bien cuando vea los veinte daneses deformes y penosos que salgan del horno.

Miro todos los ingredientes extendidos frente a mí y respiro hondo. Trish me ha dado un papel arrugado con la receta escrita. Está toda garabateada con tinta negra corrida y apenas puedo leerla.

Echo un vistazo a Scott con la esperanza de que pueda ayudarme. Está dibujando monigotes con el dedo en la harina esparcida sobre la encimera.

Supongo que estoy sola.

No debería haber aceptado este trabajo. Nunca he horneado nada que no viniera en una caja y que no tuviera como máximo otros dos ingredientes.

—Para —me susurro a mí misma, intentando no entrar en barrena—. Es una jodida danesa de arándanos. Puedes hacerlo.

Me arremango y me pongo manos a la obra.

CAPÍTULO CINCO

Julian

—¿Quieres apartarte de la puta ventana? —gruñe Colin.

Aiden se ríe mientras examina un viejo mapa de Bearskin Mountain. Siempre está estudiando un mapa u otro. Ese tío está obsesionado con ellos.

Casi tan obsesionado como yo con la chica nueva del pueblo.

Los ignoro a los dos y me quedo mirando por la ventana la pastelería de enfrente. Llevo toda la mañana esperando para entrar. Iba a ir a primera hora, pero Aiden me ha dicho que debería dejar que se centrara en el trabajo, ya que era su primer día, en lugar de plantarme allí y distraerla.

Ha sido una tortura, pero todavía no he ido.

—No lo entendéis —les digo mientras veo a una mujer entrar en la pastelería—. No presenciasteis la química que hubo entre nosotros. Fue mágico.

Aiden suelta una risita. —¿Mágico? ¿Qué habéis hecho con nuestro Julian?

—Fue mágico —repito, fulminándolo con la mirada—. Colin, tú lo entiendes.

Él asiente. Estaba enamorado de Molly desde que era un crío. Salieron durante años y luego ella le rompió el corazón cuando se

fue a Londres a estudiar veterinaria. Volvieron el año pasado y tuvieron una niña hace unos meses.

—Aiden no lo sabe porque todavía no ha conocido a su alma gemela —dice Colin mientras se inclina y le rasca a Charlie detrás de la oreja. El sabueso se deja caer de espaldas con un gruñido de placer.

—Alma gemela —dice Aiden con una risa mientras recorre el curso de un río con la yema del dedo—. Qué concepto más ridículo.

La semana pasada, habría estado de acuerdo con él. Pero he conocido a la mía y ahora sé que son *muy* reales.

—¡Hola! —La puerta se abre y entra Molly con su bebé, Stacy. Tiene seis meses y es una monada.

Colin corre a coger a su hija. Le da un beso en los labios a Molly y le coge el bolso.

—Siento presentarme así sin avisar —dice Molly, un poco apurada —. Me ha llamado Tyler Becker, de los establos de la Montaña Greene, y necesita que le eche un vistazo a un caballo. ¿Os importa quedaros con Stacy una o dos horas?

Colin lanza a Stacy al aire y la recoge. No puedo evitar sonreír al oír su risita adorable, a pesar de que tengo el estómago hecho un nudo.

—Claro que no —dice Colin mientras le hace una pedorreta en la barriga a Stacy. Ella chilla de alegría mientras agarra la barba grande y poblada de Colin—. Nunca diré que no a pasar tiempo con mi calabacita.

—Gracias —dice Molly mientras saca una lata de metal de su bolso—. Perdón, chicos. Aquí tenéis unas galletas por las molestias.

Las lanza sobre la mesa. Aiden se abalanza sobre ellas, pero yo tengo el estómago tan revuelto que no me entra ni un bocado.

—¿Qué le pasa? —pregunta Molly cuando me ve mirando por la ventana como un perrito abandonado.

—Está enamorado —dice Aiden con la boca llena de galleta.

—De la nueva pastelera —añade Colin.

—Son «almas gemelas» —dice Aiden, haciendo el gesto de las comillas con los dedos con fastidio.

Me vuelvo y lo fulmino con la mirada. —Lo somos.

—¿Cuándo ha pasado todo eso? —pregunta Molly.

Le cuento el momento más increíble de mi vida. Tiene una gran sonrisa en la cara, pero no es de burla como la que me dedicaban Aiden y Colin cuando se lo conté. Es sincera.

—¿Has ido a hablar con ella? —pregunta.

—No —digo mirando mi reloj—. Me han dicho que esperara a que pasara la hora punta.

—Son las once y media —dice, encogiéndose de hombros—. Ya podrías ir.

Me enderezo. —¿De verdad?

Ella asiente. —Yo creo que sí.

Es todo lo que necesitaba oír. Me miro en el espejo y salgo corriendo por la puerta.

CAPÍTULO SEIS

Abby

Estoy sentada en la caja esperando que no entre nadie. Trish ha tenido que salir a recoger algo de la tintorería y Scott está por la trastienda haciendo Dios sabe qué. Trish me ha dado una lección rápida sobre la caja, pero ha sido tan exhaustiva como la que me dio sobre los daneses, y ya veis el resultado.

Hago una mueca mientras echo un vistazo al estante inferior de la vitrina. Mis veinte patéticos daneses deformes siguen ahí. Nadie ha comprado ninguno. Trish incluso los ha rebajado a mitad de precio, pero ni así se ha animado nadie. Sinceramente, no los culpo. Parece que los ha atropellado un camión.

Al principio, pensé que los daneses de arándanos quizá no eran un producto muy popular, hasta que le he preguntado a Scott.

—A la gente le encantan —me ha dicho—. Siempre se agotan para el mediodía.

Vaya, eso me ha hecho sentir como una basura. Es casi mediodía y no hemos vendido ni uno.

Dejo caer la cabeza con un suspiro. Menudo día llevo. No sé si voy a poder con esto.

Trish guarda un montón de novelas románticas en el estante de debajo de la caja registradora y, para distraerme, cojo una y miro la

portada.

Lujuria en alta mar de Adrianna Remington.

Sonrío al ver al capitán pirata cachas de la portada. Se parece un poco a Julian. Al pensar en él, vuelvo a estar en el puente, en sus brazos, con sus labios sobre los míos.

Fue tan increíble… Solo de pensarlo se me pone la piel de gallina.

Todavía no me puedo creer que lo besara. Debía de ser la adrenalina corriendo por mis venas, porque nunca he hecho nada parecido. Ni de lejos.

Todavía soy virgen. Nunca he sentido un deseo así quemándome por dentro. Ni siquiera sabía que la lujuria podía ser tan intensa. Tan urgente y exigente.

No creo que hubiera podido detenerme ni aunque lo hubiera intentado.

Siento un hormigueo por todo el cuerpo al pensar en lo que sentí al besarlo, al tener sus poderosas manos sobre mí, su polla dura apretándose contra mi cadera. Mi cuerpo entero ansiaba esa polla larga y dura. La deseaba como nunca antes he deseado nada.

Reprimo un gemido mientras me giro en el taburete y miro por la ventana hacia el edificio de Búsqueda y Rescate, al otro lado de la calle.

Me quedo mirando la gran puerta de madera e imaginándome perdida en las montañas. Llevo la ropa hecha jirones por culpa de las zarzas cuando Julian aparece por la cresta de la montaña para salvarme.

De repente, la puerta del otro lado de la calle se abre y salgo de mi ensoñación con un respingo al ver a Julian.

Esos sexi ojos azules están fijos en la panadería. El corazón me empieza a martillear en el pecho mientras cruza la calle, viniendo directo hacia mí.

—Oh, Dios mío —susurro mientras lo veo venir.

Está aún más bueno con su uniforme de Búsqueda y Rescate que con el de salto de *puenting*. Lleva unos pantalones grises y un polo azul marino con el logo del equipo. Esos brazos enormes están a punto de reventar las ajustadas mangas. Es tan jodidamente guapo…

—Madre mía —susurro cuando llega a la puerta. La abre de un tirón y entra.

—Hola —digo con una sonrisa que se me dibuja de oreja a oreja.

Él me devuelve la sonrisa. Una sonrisa grande y preciosa, llena de alivio y felicidad—. Hola.

Echaba de menos esa voz profunda.

Mi cuerpo hormiguea mientras nos miramos con grandes sonrisas en la cara, como si fuéramos dos tortolitos.

—Bueno, la primera teoría cinematográfica que tienes que conocer —dice Scott mientras entra desde la trastienda en el *peor* momento posible— es la teoría Pixar.

—Scott, estoy con un cliente —digo sin apartar los ojos de Julian.

No parece oírme. O puede que no le importe—. La teoría Pixar afirma que todas las películas de Pixar están ambientadas en el mismo universo canónico —dice mientras se sienta en el mostrador —. Una locura, lo sé, pero hay muchas pruebas que sugieren que es cierto. Todo empieza con El viaje de Arlo. Es la primera película en la cronología de Pixar. En la primera escena, ¡el asteroide que se dirige a esta Tierra alternativa no llega a chocar con el planeta! Así comienza el universo Pixar.

¿De qué narices está parloteando este tío? ¿Películas de Pixar? ¿Dinosaurios? ¿Es que no sabe que ya es un adulto?

Él sigue dale que te pego con que los animales desarrollan el habla y la inteligencia, y yo ya me he perdido.

Mientras tanto, Julian está paseando por la tienda, mirando todos los dulces expuestos. Me encojo cuando se inclina para mirar mis daneses de arándanos mutantes.

—Me alegro de que trabajemos juntos, porque esto va a llevar *horas* de explicación —dice Scott mientras se sube las gafas.

—Sí, va a ser genial —digo con voz plana. Julian se ríe entre dientes.

—Repasaré cada película una por una —dice Scott, completamente ajeno a mi falta de interés—. La gente siempre quiere preguntar por Wall-E, pero ya llegaremos a eso. Wall-E está ambientada después del apocalipsis en la Tierra. Todo cobrará sentido muy pronto.

—¿No está sonando el horno? —pregunto, intentando librarme de él.

Arruga la cara—. No oigo nada.

—Creo que Trish quería que sacaras la basura —digo, desesperada por volver a estar a solas con este cachas de las montañas.

Niega con la cabeza—. No, no está lo bastante llena. Trish se enfada si malgastamos bolsas de basura.

Dejo caer la cabeza con un gruñido de frustración cuando continúa.

—Pero ¿cómo explicas a la gente con superpoderes de *Los Increíbles*? —dice, más para sí mismo que para mí—. Bueno, me alegro de que preguntes.

—Yo no he preguntado nada.

—Los superhumanos llegan a la línea temporal de Pixar alrededor de…

—Disculpe —interrumpe Julian con su voz profunda.

Scott se vuelve hacia él con la boca abierta. No estoy segura de si se había dado cuenta de que Julian estaba en la tienda. —¿Sí?

—Si le compro una tarta, ¿puede escribir algo en ella?

Scott mira de arriba abajo a aquel hombretón. —Sí.

Julian busca en su móvil y se lo entrega. —Tenga. Escriba esto en una tarta.

Scott se baja del mostrador de un salto y coge el móvil. —¿Qué es esto?

—Es Harry Potter. Empiece a escribir desde la primera línea.

—No me va a caber el libro entero en una tarta.

Se me escapa una risa.

Scott lo dice en serio.

—Meta todo lo que pueda —dice Julian, intentando no reírse.

—De acuerdo —dice Scott mientras se sube las gafas por la nariz —, pero voy a tardar mucho.

Julian sonríe. —Perfecto.

Scott desaparece por la trastienda con una tarta grande y, de repente, volvemos a estar solos. El pulso se me acelera mientras el aire se carga de emoción y posibilidades.

Los sexi ojos azules de Julian están fijos en mí mientras se acerca y se apoya en el mostrador de forma seductora. Huele tan bien. A colonia y a montaña. Solo quiero acurrucarme junto a él y aspirar su aroma masculino hasta marearme.

—¿Eres muy fan de Harry Potter? —pregunto con una sonrisa.

Él sonríe y hace que me sonroje. —De Hogwarts hasta la muerte, nena.

—Seguro que serías de Gryffindor —digo. Los de Gryffindor son valientes, caballerosos y ayudan a la gente. ¿Qué mejores características podrían describir a un hombre como Julian, que trabaja en Búsqueda y Rescate?

—Probablemente tengas razón —dice—. ¿De qué casa serías tú?

Le dedico una sonrisa coqueta. —Con suerte, de la que fueras tú.

Sonríe y el pecho me empieza a revolotear.

—Pero seguramente sería de Hufflepuff. Valoran el trabajo duro, la paciencia, la lealtad y el juego limpio. Creo que eso me pega bastante.

—Haré todo lo posible por jugar limpio —dice, ladeando la cabeza.

Ya no está jugando limpio con esa sonrisa matadora.

—¿Has salvado a algún niño perdido hoy? —pregunto.

Niega con la cabeza. —No. Me he pasado el día pensando en ti.

Ay, madre. Ahora sí que me estoy sonrojando. Este tío es demasiado.

—¿Qué tal tu primer día de trabajo?

Suspiro cuando la realidad vuelve a desplomarse sobre mí. —He hecho berlinas de arándanos. Veinte.

—¿Cómo han salido?

—Los daneses me meterían en la cárcel si las vieran.

Él se ríe. —¿Queda alguna? Quiero probar una.

—Créeme, no quieres —digo riendo—. Son horribles. Son defectuosas. No sé qué salió mal.

Se inclina y las mira en la parte inferior del expositor de cristal. —¿Son esas?

Me tapo la cara con las manos, demasiado avergonzada para mirarlo.

—Quisiera comprar una, por favor.

—No, no quieres —suelto—. Nadie quiere comprarlas.

—No me importa lo que quieran los demás. Yo quiero una.

—Está bien —digo mientras me bajo del taburete—. Allá tú.

Las miro haciendo una mueca. O están poco hechas o quemadas. Ninguna está bien cocinada.

Cojo la menos destrozada con las pinzas y se la entrego. La coge con sus dedos grandes y fuertes y, sin dejar de mirarme a los ojos, le da un bocado con su sexi boca.

—Deliciosa —dice mientras mastica.

Las mejillas se me ponen más calientes que los hornos que tengo detrás cuando oigo un crujido y su cara se contrae por un segundo. Se está comiendo una cáscara de huevo. Puedo oírla.

Lo disimula bien, fingiendo que es una berlina esponjosa y no un ladrillo de masa denso y grueso con cáscaras de huevo esparcidas por todas partes. Se gana un montón de puntos extra por mantener la compostura.

—Escúpelo —le ruego—. No tienes que comértelo.

—Está deliciosa —dice antes de dar otro bocado. Hago una mueca cuando oigo más cáscaras de huevo romperse entre sus dientes.

Esto es tan humillante.

—¿De dónde eres, Abby? —pregunta cuando ha terminado. Creo que ambos nos sentimos aliviados de que haya acabado.

Le cuento todo sobre mi vida en Sacramento y por qué me mudé. Está pendiente de cada una de mis palabras. Intimida que un tío tan guapo esté completamente centrado en mí mientras hablo, pero también es genial.

Justo cuando voy a preguntarle sobre su vida aquí en la Montaña Greene, Scott regresa con la tarta.

—He llegado hasta la parte en que el señor y la señora Dursley se despiertan —dice Scott mientras pone la tarta en el mostrador.

Me río entre dientes al verla. Hay párrafos de texto sobre la tarta escritos con un fino glaseado negro. Hasta yo tengo que admitir que ha hecho un buen trabajo.

—Son treinta y cinco dólares —dice Scott mientras lo teclea en la caja registradora.

—Genial —dice Julian mientras saca la cartera—. Y me llevaré veinte berlinas de arándanos.

—¡No tienes por qué! —digo, interponiéndome.

Julian me sonríe. —Ya te lo he dicho, están deliciosas.

Scott arruga la cara. —¿*Esas* berlinas? —dice mientras señala las que hice, todas deformes.

—Las quiero —dice Julian con voz firme—. Son las mejores berlinas que he probado nunca.

Scott lo mira como si estuviera loco, pero se encoge de hombros y empieza a empaquetarlas.

—Gracias —le digo a Julian con los labios, sonriendo con timidez.

Me guiña un ojo y me hace sentir la mujer más especial del mundo entero.

Estoy deseando decirle a Trish que se han vendido todas cuando vuelva. Es el tipo de victoria que necesitaba hoy.

Lo paga todo e incluso insiste en pagar el precio completo. Es tan jodidamente dulce.

—¿Cuándo puedo volver a verte? —pregunta Julian.

—Trabajo de domingo a jueves —dice Scott—. Puedes venir a verme aquí. O podemos ir a jugar a los bolos o pasar el rato en mi cuarto cuando quieras. ¿Te gustan las teorías sobre películas?

Suelto una risita tapándome la boca con la mano.

—Le hablaba a la señorita.

Scott se gira y me mira. —Ah.

—Estoy libre esta noche —digo, encogiéndome de hombros de forma juguetona.

—Te llevaré a cenar —dice, como si fuera una afirmación y no una pregunta—. ¿Te recojo a las ocho?

—A las ocho me va bien —digo, intentando ocultar la enorme sonrisa que pugna por salir.

Coge su tarta de Harry Potter y su bolsa grande de pastas danesas retorcidas y me sonríe. —¿Nos vemos entonces?

Nos miramos durante un largo instante y luego se va con una sonrisa.

Enseguida me giro hacia la ventana y lo veo cruzar la calle con el pulso acelerado.

Scott se pone a mi lado en la ventana. —¿Puedo ir yo también?

CAPÍTULO SIETE

Abby

Me escabullo por la puerta de atrás unos minutos antes de que Julian venga a recogerme. Un cosquilleo de nervios y emoción me recorre el cuerpo mientras la fresca brisa del atardecer me acaricia la cara.

Espero tener buen aspecto. Espero gustarle.

Llevo un vestido blanco de verano que me hace más curvas de las que tengo y unas bailarinas abiertas con las que no se camina nada mal. Hoy el pelo se me ha quedado genial y el maquillaje me ha quedado muy bien. Estoy guapísima, la verdad.

El corazón me late con fuerza mientras doy la vuelta al edificio hasta la acera. Lo veo esperándome, deslumbrante con unos pantalones chinos de color beis y una camisa de manga corta. Lleva las mangas remangadas una o dos veces sobre los bíceps y la visión de esos brazos musculosos y definidos hace que me maree un poco.

—Guau —susurra cuando me ve acercarme—. Estás deslumbrante.

Sonrío con timidez y las mejillas se me sonrojan *otra vez*.

—Gracias —digo—. Tú también estás muy guapo.

Y eso es quedarse corta, pero muy corta...

El sol está empezando a ponerse, pero es verano, así que se lo toma con calma. El vasto cielo de Montana es un magnífico panorama de colores vibrantes y picos montañosos nítidos. La luna ha salido y algunos pájaros juerguistas todavía están en el cielo, volando pasada su hora de dormir. Es perfecto. Una noche perfecta para una cita que podría cambiarlo todo.

—Me alegro de ver que sigues vivo —digo con una risa tímida—. Mis pastas danesas no te han matado.

—No —dice con una sonrisa juguetona—. Pero creo que me han desportillado un diente.

—Lo siento, no hay devoluciones —digo enseñando las palmas de las manos—. Compras mis dulces bajo tu propia responsabilidad.

Se ríe y todos los nervios de antes son sustituidos por una gran emoción. Va a ser una cita divertida.

—¿Qué has hecho con esa tarta de Harry Potter? —pregunto—. ¿Vas a dar una fiesta temática de Hogwarts?

—Puede que sí. Pero lo siento, no se admiten Hufflepuffs.

—No es justo.

—Quizá podría hacer una excepción con la guapa pastelera local —dice Julian con una sonrisa—. ¿Viste todo el texto que le puso ese tipo? Era impresionante.

—Solo espero que no demanden a la pastelería por infringir los derechos de autor —digo con una carcajada.

Me sonríe.

—Por mi boca no saldrá nada.

Espero que no la tenga sellada por mucho tiempo... Quiero otro de esos deliciosos besos.

—Entonces, ¿adónde me llevas?

Me coge la mano y prácticamente me la engulle con la suya. Tiene las manos enormes.

—He pensado que podríamos probar el sitio de la esquina.

—¿El Jack Jameson's? —digo con una sonrisa de euforia—. ¡Esperaba que me llevaras allí!

—Entonces, vamos.

Caminamos de la mano y me sorprende lo diferente que es mi vida ahora. Este pueblo, este hombre, este trabajo... todo es

completamente distinto a la vida aburrida que llevaba la semana pasada.

Todavía estoy un poco asombrada por todo mientras caminamos por la acera de adoquines, charlando con naturalidad mientras nos detenemos en los escaparates de las tiendas independientes y miramos las monadas que exponen.

—Así que, puenting, ¿eh? —digo mientras doblamos la esquina—. ¿Cuál es la historia?

—La vida siempre es mejor con un poco de aventura —dice con una sonrisa—. ¿No crees?

Ahora sí. Mira adónde me ha llevado lanzarme a la aventura: aquí, en una noche perfecta con un hombre perfecto.

—A nuestro pueblo le faltaba una empresa de puenting, así que abrí una con mi hermana.

—Ivy, ¿verdad?

Asiente.

—Sí, te va a encantar.

Espero caerle bien. No pareció muy impresionada de que me abalanzara sobre su hermano después de mi salto.

—¿Eres el dueño del puente?

—No —dice con una sonrisa—. Eso molaría mucho, pero solo le alquilamos el sitio al ayuntamiento. Es un antiguo puente de ferrocarril, pero nadie lo ha usado en más de veinte años. Pensé: «Oye, ¿por qué no le damos un uso?».

—¿Y saltar desde él?

—Exacto.

El restaurante ya está lleno. La terraza está a rebosar y hay gente por todas partes esperando mesa. Debe de ser el sitio de moda del pueblo.

Julian me aprieta la mano y me guía a través de la multitud hasta el puesto de la recepcionista. Todas las chicas dejan lo que están haciendo para comérselo con los ojos.

Debería estar celosa, pero no lo estoy. Estoy sonriendo. Pueden mirar todo lo que quieran, pero es mío. Al menos por esta noche.

—Reserva a nombre de Long —le dice a la chica que lo mira con los ojos como platos.

Coge dos cartas y nos lleva a nuestra mesa.

Este sitio ya me encanta. Tiene un ambiente muy divertido. La música es animada y alegre, la gente va bien vestida y parece feliz mientras habla y se ríe en sus mesas, y la comida... Ya se me hace la boca agua al ver pasar a un camarero con un montón de platos rebosantes de comidas con una pinta deliciosa. No me puedo creer que este lugar esté a un paso de mi apartamento.

Mientras atravesamos el comedor hacia la barra, no puedo evitar fijarme en todos los hombres corpulentos que hay. Empiezo a entender a qué se refería Trish. Por qué le encanta este sitio. Este pueblo está lleno de hombres de montaña altos, musculosos y guapos. Es increíble.

La recepcionista nos lleva a un reservado y Julian me deja sentarme en el lado bueno: el que da a todo el restaurante.

—Que aprovechen —dice la anfitriona, echándole un rápido vistazo a Julian antes de irse.

Me sonríe mientras nos acomodamos.

Hay una lamparita al final de la mesa que proyecta una luz cálida y agradable sobre nosotros. Los ojos azules de Julian brillan mientras me mira de reojo antes de abrir la carta.

Creía que se suponía que las primeras citas eran incómodas, pero no hay nada de eso. Lo único que siento es un cosquilleo de emoción que me vibra hasta en los huesos. No sé por qué me siento ya tan optimista y positiva con este chico. Sencillamente, tengo la corazonada de que esto es algo especial.

Viene la camarera y pedimos la comida y unos cócteles divertidos.

Se vuelve hacia mí antes de irse. —¿Oye, no te he visto trabajando en la panadería Warm Loaf?

—Sí —digo mientras me animo—. Ya me reconocen por el pueblo. Eso mola bastante.

—Voy todas las mañanas a por un café y una danesa de arándanos —dice ella—. Aunque esta semana no tenían muy buena pinta, así que he cogido un muffin de limón.

Miro a Julian y hago una mueca.

—Pues a mí me parecieron geniales —dice él—. Las mejores danesas que he probado.

—Ya nos veremos por ahí —dice la camarera—. Soy Jenny.

Le sonrío. —Abby.

¿Acabo de hacer una nueva amiga? Quizá es un poco pronto para eso, pero parece muy simpática.

—Buena esa —le digo a Julian cuando se va.

—Es verdad —dice con una sonrisa—. Me encantaron.

—Ah, ¿de verdad? —le digo, lanzándole una mirada—. Y entonces, ¿cómo perdiste el sentido del gusto?

Ambos deslizamos las manos sobre la mesa de madera hasta que se tocan. Somos como imanes. Es como si tuviéramos que estar siempre tocándonos.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunto.

—Veintinueve. ¿Y tú?

—Veintitrés —digo con una mueca—. ¿Soy demasiado joven para ti?

—Eres perfecta para mí.

¿Cómo no voy a sonrojarme con eso?

La camarera vuelve con nuestras bebidas y siento un escalofrío de emoción al ver mi mojito de mango. Viene en una copa de cóctel con forma de barril de whisky y con un gajo de mango y un poco de menta como adorno. Julian ha pedido un Singapore Sling, que siempre he querido probar.

—¿Quieres un sorbo? —me ofrece antes de que tenga que pedírselo. Me encanta cuando la gente te deja probar sus bebidas. Si pido un buen cóctel, ofrezco un sorbo a todo el mundo.

—Me encantaría. —Desliza su copa hacia mí y apoyo mi mano sobre la suya mientras pongo los labios en la pajita. Doy un sorbo, pero me gusta más el mío.

Él le da un sorbo al mío y luego nos quedamos en un silencio cómodo por un momento, simplemente acomodándonos en el reservado y en la velada con nuestras bebidas.

—Tengo que confesarte algo —le digo. Él enarca una ceja—. Te vi salvar a esa niña.

—Alice —dice con una sonrisa—. Era una monada.

—¿Qué pasó?

—Estaba en el sendero con sus padres y se adelantó corriendo —dice mientras yo me pierdo en sus preciosos ojos azules—. Tomó un par de desvíos equivocados y, antes de que se diera cuenta, estaba completamente desorientada. En lugar de quedarse quieta hasta que alguien la encontrara, echó a correr, solo que en la dirección equivocada. Es fácil perderse ahí fuera si no sabes lo que haces.

—¿Cuánto tiempo estuvo ahí fuera?

—Solo una hora, más o menos —dice—. Pero la pobre se torció el tobillo.

Trago saliva mientras le observo poner sus labios sexis en la copa y dar un sorbo. —Nos llamaron enseguida, pero yo era el único que estaba trabajando. Cogí a Charlie y salí pitando. No había llegado muy lejos, así que fue pan comido para Charlie en cuanto olisqueó su jersey.

—Me parece increíble lo que haces —digo, mirándolo con admiración—. Salvar a gente así.

Él simplemente sonríe como si no fuera nada. No sé... Este chico... Todo en él grita que es el partido perfecto. De verdad que me veo acabando con alguien como él.

Es dulce, divertido y tiene la dosis justa de posesividad en la forma en que me toca y me mira. Estoy empezando a enamorarme de él de verdad.

Esto ya parece nuestra quinta cita en lugar de la primera.

La voz de Trish resuena en mi cabeza. *—Tómatelo con calma, Abby. Acabas de llegar.*

«Lo siento, Trish, pero eso no va a pasar».

Voy a lanzarme de cabeza.

Y no tengo miedo de caer.

No con este pedazo de montañero aquí para recogerme.

CAPÍTULO OCHO

Abby

Después de nuestra increíble cena, pasamos a la barra y nos tomamos unas copas más. Lo estamos pasando genial. Es la mejor cita que he tenido nunca, con diferencia.

—¿Cómo fue crecer en las montañas? —le pregunto a Julian. Estamos girados en los taburetes, tan cerca el uno del otro como podemos sin que llegue a sentarme en su regazo.

—Las montañas eran mi patio de recreo —me dice—. Siempre andaba por el monte con mis amigos: de excursión, de acampada, metiéndonos en líos. Fue la mejor forma de crecer.

Sonrío al imaginarme a Julian de niño. Seguro que era un travieso, pero que al mismo tiempo tenía a todos sus profesores comiendo de la palma de su mano.

Si algún día tengo la suerte de tener hijos, la Montaña Greene también será su patio de recreo.

Hablamos durante otra hora hasta que veo la hora y me quedo sin aliento. —¿Es medianoche?

—¿A qué hora tienes que levantarte mañana? —pregunta.

No quiero ni pensarlo. Quiero quedarme en este momento con él y no preocuparme por el mañana.

Pero, al mismo tiempo, no puedo ser un zombi andante en mi segundo día de trabajo.

—Tengo la alarma puesta a las 4:45 —le digo.

Hace una mueca de dolor. —Uf.

—Ni que lo digas.

—Vamos a llevarte a casa —dice con un suspiro.

Insiste en pagar la cuenta, nos levantamos y nos vamos. El cielo está estrellado y nos tomamos nuestro tiempo para volver. De repente, desearía que mi casa estuviera un poco más lejos.

—Hay tantas estrellas aquí fuera —digo mientras contemplo el cielo nocturno—. Es precioso.

Su mano se desliza en la mía y me invade una sensación de felicidad.

No quiero que esta noche acabe.

Me acompaña hasta la pastelería y meto la llave en la cerradura. Entorno la puerta y me doy la vuelta, mirándolo mientras me muerdo el labio inferior de forma seductora.

Esos ojos azules y ardientes se clavan en los míos mientras él avanza, invadiendo mi espacio personal. Mi corazón se acelera. Quiero que me bese. Quiero volver a saborearlo.

Cuando sus ojos bajan a mi boca, me lamo los labios y nuestros cuerpos se unen. Gimo al sentir sus fuertes brazos rodeándome y atrayéndome hacia él. Me pongo de puntillas y entreabro los labios.

Me da un beso duro y exigente que me deja sin aliento y me hace gemir contra su lengua.

Este beso es más ardiente que el del puente. Es más pasional. Más desesperado. Todo el deseo doloroso que se ha ido acumulando durante toda la noche entra en combustión en un frenesí acalorado de lenguas que se deslizan y manos que tiran.

Sus grandes y fuertes manos se deslizan hasta mi culo y me aprieta contra su duro cuerpo.

Esa pedazo de erección preciosa se clava en mi cadera. Gimo y le agarro un puñado de la camisa mientras lo meto dentro.

Tropezamos al otro lado del umbral, sin que ninguno de los dos quiera romper el beso mientras entramos a trompicones en la oscura pastelería.

Cierro la puerta de una patada y él se aparta, mirándome con una expresión sexi y ardiente. Ya estoy muy húmeda. Siento cómo me *duele* el coño mientras me folla con la mirada.

Aquí está oscuro, la única luz que entra es la de las farolas de fuera. Brillan a través de las persianas venecianas, proyectando franjas de sombras en la pared y sobre Julian.

Nunca he deseado a nadie como lo deseo a él. Al verlo mirarme así… sé que esta noche voy a llegar hasta el final. Quiero que me quite la virginidad. Quiero que lo coja todo.

Volvemos a juntarnos, besándonos con fuerza y desesperación mientras chocamos contra el mostrador. Esas manos enormes están por todas partes: en mis muslos, en mi culo, deslizándose por mis costillas para agarrarme los pechos. Mis pezones palpitan cuando me los aprieta. *Todo* me palpita.

—*Ay, Julian* —gimo mientras echo la cabeza hacia atrás mientras él me besa el cuello.

Un calor feroz se apodera de mi cuerpo. Lo necesito…

Presiono la cadera contra su erección y él deja escapar un gemido profundo y primitivo. Es tan grande. Tan largo y duro.

De repente, sus poderosas manos me dan la vuelta y me inclinan sobre el mostrador de madera. Me quedo sin aliento cuando se arrodilla y me sube el vestido.

Con un gemido hambriento, me separa las nalgas y me agarra las bragas. Estoy tan *húmeda*. Estoy tan preparada para esto.

Arqueo la espalda y muevo el culo en su cara para torturarlo.

—Eres jodidamente perfecta —gruñe mientras me baja las bragas —. Vamos a ver cómo de húmedo puedo poner este coñito.

Respiro con dificultad mientras me quito las bragas y él se las mete en el bolsillo. Dudo que vaya a recuperarlas, pero no me importa. Puede quedárselas. Puede quedárselo todo.

Sus grandes manos se deslizan por la parte trasera de mis muslos y sobre mi culo desnudo. Doy un paso a un lado, separando las piernas para él. Puede verlo todo ahí abajo. Mi coño virgen está completamente expuesto a sus ojos hambrientos.

—*Precioso* —susurra mientras me mira fijamente. El hormigueo de mi cuerpo se convierte en una pulsación exigente entre mis

piernas. Me *duele* el coño. Me hace gimotear. Deseo tanto tocarme, pero lucho contra el fuerte impulso y dejo que Julian se encargue por mí.

Con un gemido posesivo, se abalanza entre mis piernas y posa su boca voraz sobre mí. Grito cuando siento su lengua caliente deslizándose por mis pliegues y hundiéndose en mi agujero.

Mi cuerpo se derrite bajo el calor de su lengua. Me tiemblan las piernas. El corazón me late con fuerza. Este maldito tío… no me canso de él.

Sus labios se envuelven alrededor de mi clítoris y lo succiona con un movimiento rítmico, acercando cada vez más un orgasmo. Justo cuando está a punto de estallar, me suelta y juega con mi agujero.

Me estoy muriendo…

—Estás tan apretada —gruñe entre lametones. Se aparta cuando se da cuenta del motivo—. ¿Eres… virgen?

—Sí —gimo mientras dejo caer la frente sobre la encimera—. Me está matando. Solo quiero que vuelva a ponerme esa boca en el coño. ¿Por qué me tortura así?

—Eres incluso más perfecta de lo que pensaba —dice antes de volver a posar su boca ardiente sobre mí. Me lame por todas partes, recorriendo mi hendidura con la lengua en zigzag y luego perfilando la base de mi clítoris palpitante. Su lengua es mágica. Es lo mejor del mundo.

Sus manos fuertes me agarran las nalgas y las separan para tener más acceso. Presiono el coño contra él, desesperada por correrme.

Este hombre tan guapo sabe perfectamente cómo hacerme gemir, alargando el placer sin tregua mientras yo me aferro a la encimera y de mi garganta se escapan suaves quejidos.

—Oh, Julian —gimo—. Qué *gusto*...

Vuelve a subir hasta mi clítoris y se aferra a él, chupándolo y recorriéndolo con la lengua hasta que el orgasmo es demasiado potente para contenerlo.

Le agarro la cabeza, sujeto su boca contra mi coño y me corro con fuerza sobre él.

El orgasmo me golpea y llena cada centímetro de mi cuerpo, de la cabeza a los pies, con un calor abrasador. Echo la cabeza hacia atrás y grito mientras sucumbo a la intensa dicha.

Me arde en las venas y me derrite. Me tiemblan las piernas mientras Julian me sostiene.

No sabía que pudiera ser tan intenso... Tan increíble...

Julian desliza la palma de la mano por mi muslo desnudo mientras se levanta detrás de mí. Mi vestido vuelve a caer mientras la humedad se filtra por la cara interna de mis muslos.

El corazón me martillea en el pecho cuando me doy la vuelta y lo miro. Mis jugos le cubren la barba rubia, brillando con la luz del exterior. Es jodidamente sexi.

—¿Es hora de ir a la cama ya? —pregunta, con una expresión que indica que dormir es lo último en lo que piensa. También es lo último en lo que pienso yo. Por lo que a mí respecta, no hemos hecho más que empezar.

—Todavía no —digo mientras me arrodillo lentamente. No apartamos la mirada el uno del otro mientras le cojo el cinturón y se lo quito.

El grueso contorno de su polla larga y dura se dibuja a lo largo de su pierna. Me lamo los labios mientras le desabrocho los pantalones, le bajo la cremallera y luego se los bajo. Le caen hasta los tobillos y contengo la respiración un instante cuando veo su erección esperándome.

Empiezo a respirar con dificultad. Estoy nerviosa, pero excitada, mientras deslizo los dedos por la cinturilla de sus bóxeres y se los bajo por sus musculosos muslos. Su gruesa polla se engancha en la tela y luego sale disparada.

Mi coño palpita mientras la veo azotarle el estómago. Ya está goteando líquido preseminal y esa visión tentadora hace que se me haga la boca agua.

Lo miro tragando saliva. Él me mira con lujuria mientras se desabrocha la camisa. Observo cómo se la quita de su gran cuerpo y la tira sobre la encimera.

Sus músculos son irreales. Los había visto con la camiseta de tirantes, pero verlos así, sin restricciones, es otra cosa. Es el hombre

más sexi del mundo. Se acabó la competición. La revista *People* debería declarar a Julian ganador vitalicio.

Deslizo una palma por sus abdominales duros y cincelados mientras envuelvo la otra mano alrededor de su miembro grueso y carnoso. Cierra los ojos cuando añado algo de presión, apretándole la polla y haciendo que el líquido preseminal mane.

Estoy temblando por dentro mientras me yergo de rodillas, abro la boca y le paso la lengua por el miembro. Me meto la cabeza en la boca y gimo al saborear su líquido preseminal.

Él ya respira con dificultad mientras me observa como si nunca hubiera visto nada tan sexi en su vida. Aprieto los labios a su alrededor y me meto en la boca todo lo que puedo antes de empezar a ahogarme. Se me aguan los ojos al echarme hacia atrás.

Es tan *grande*. Esta polla es enorme incluso para su imponente tamaño.

No es una polla para vírgenes. Es para expertas.

Es como aprender a conducir por primera vez con un Ferrari. ¿No hay una polla pequeña de aficionado con la que pueda practicar?

Él suelta un gemido profundo y salvaje que me hace darme cuenta de que lo estoy haciendo perfectamente.

Desliza las manos por mi pelo y me sujeta la cabeza, guiando mi boca arriba y abajo por su miembro tal y como a él le gusta.

Me dejo llevar, chupando y lamiendo mientras dejo que me guíe.

Sus preciosos y grandes huevos cuelgan ahí, con aspecto de estar listos para sacrificar su gran carga en una virgen madura y dispuesta. Se los cojo con delicadeza con la mano que me queda libre y los palpo mientras le cubro la dura polla con la lengua.

—Joder, Abby —gime Julian mientras acelero el ritmo, chupándosela de arriba abajo mientras le aprieto la gruesa base de la polla—. Es hora de parar, nena.

—¿Por qué? —jadeo antes de volver a meterme su polla en la boca.

—Porque quiero guardar hasta la última gota para tu coñito virgen y jugoso —dice mientras me coge por los brazos y me pone de pie—. Nos vamos arriba.

Le quito mi boca de encima, pero me aferro a su preciosa polla.

¿Cómo puedo negarme a subir con este hombre tan sexi?

Se quita los pantalones, me levanta en sus grandes y musculosos brazos y me lleva a mi cama.

CAPÍTULO NUEVE

Julian

Todavía tengo en la boca el sabor del dulce coño virgen de mi chica mientras la llevo en brazos a su habitación y la deposito en la cama.

Se la ve tan dulce e inocente con ese vestido blanco. Doy un paso atrás y la miro por última vez antes de arrancárselo.

Es toda jodidamente mía. Nadie va a arrebatármela. Nadie.

Cuando haya reclamado su coño virgen, será mía para siempre.

—Arriba —gruño mientras me acerco a la cama. Ella me agarra la polla al incorporarse. Empieza a masturbármela y a mirarla con esos ojos llenos de lujuria.

Cierro los ojos; qué bien sienta.

Lucho por reprimir el impulso de dejar que me corra y le agarro el vestido para subírselo. Ella levanta los brazos mientras se lo paso por la cabeza. Su pelo castaño se le alborota cuando se lo quito y lo arrojo sobre una silla.

—Mírate —gruño mientras mis ojos la recorren entera. No lleva más que un sujetador, y eso se lo quito bien rápido. Se lo desabrocha por la espalda y deja que se le deslice por los brazos.

Me lamo los labios cuando sus pechos redondos se liberan. Es deslumbrante. Sencillamente deslumbrante.

Sus ansiosas manitas vuelven a mi polla mientras le toco las tetas y le hago rodar los pezones duros entre los dedos.

—¿Lista para que te folle tu hombre? —gruño inclinándome sobre ella.

Sus ojos verdes se abren de par en par y asiente con la cabeza mientras yace en la cama. Me subo encima de ella, agarrando mi dura polla mientras la guío a su coño virgen.

Inspira bruscamente cuando siente mi gran glande en su diminuta entrada. Esto va a dolerle. No hay otra forma.

Intentaré ser delicado, pero será difícil. Harán falta unas cuantas veces con cuidado antes de que este coñito se dé de sí y pueda follármela cuando me apetezca.

—Estás tan húmeda —gimo mientras le deslizo los dedos por la raja. Ella se estremece—. Esa es mi chica buena, poniéndose bien húmeda para su hombre.

Está lista para mí. Tan lista como podría estarlo.

Empujo mi gruesa cabeza a través de sus labios vaginales y gimo al sentir su calor apretado envolviéndome. Está tan prieta. Tan jodidamente cálida y húmeda.

—*Oh* —gime con un escalofrío al sentir por primera vez una polla deslizándose en su coño.

Reduzco la velocidad, respiro hondo e intento controlarme. Esta chica me está llevando al límite. Mi parte animal quiere penetrarla hasta el fondo y follársela con fuerza hasta que hasta la última gota de mi corrida se vierta en su pequeño y fértil útero.

—Eso es, nena —susurro mientras le beso el cuello. Le meto la polla un poco más mientras me abro camino hasta su pecho redondo, y luego voy lamiendo hasta llegar a su duro pezón. Ella gime y me agarra un puñado de pelo mientras me llevo el pezón a la boca y se lo chupo.

La tensión de su cuerpo se relaja un poco, indicándome que está preparada para más.

La agarro por la cadera y la acerco más mientras me sostengo sobre ella. La miro directamente a sus ojos lujuriosos mientras empujo mi dura polla más adentro hasta que me topo con su virginidad.

—Eres mi chica, Abby —gruño con mi boca suspendida sobre la suya.

—Para siempre —susurra, dándome a probar su dulce aliento.

Devoro sus labios con los míos y empujo las caderas hacia delante, rasgando su membrana y arrebatándole la virginidad. Ella grita en mi boca mientras me deslizo hasta el fondo, hasta que mi pelvis presiona su clítoris.

—*Joder* —gime en un susurro—. Joder, eres tan *grande*.

Le beso el cuello y juego con su clítoris para distraerla mientras se acostumbra a mi tamaño.

Tarda un rato, pero ese coño apretado acaba por aflojarse un poco y ella vuelve a respirar.

Retiro mi polla en carne viva y vuelvo a hundirla, yendo tan despacio como puedo. Estoy luchando contra el impulso primario de follar a esta chica rápido y fuerte. Es una tortura, pero lo estoy haciendo.

Me mira con sus labios sensuales entreabiertos y sus ojos vidriosos por la excitación. Su sedoso pelo castaño está desparramado alrededor de su cabeza, sus tetas subiendo y bajando con cada respiración rápida. Es tan hermosa. No puedo apartar la mirada.

Mis caderas se mueven hacia delante y hacia atrás —mi polla deslizándose dentro y fuera— mientras ella gime y solloza.

Unas gotas de sudor aparecen en el valle entre sus pechos mientras se mete en el papel, haciendo rodar las caderas y agarrándome los brazos hasta que sus uñas se me clavan en la piel.

—Qué bien sienta, Julian —gime—. No pares. *Por favor*…

Miro hacia donde estamos conectados y aprieto los dientes al ver mi polla toda cubierta de sus jugos. Ahora se desliza dentro y fuera de su coño virgen con menos resistencia.

Este coñito está *empapado*. Sus jugos me cubren la pelvis y me gotean por los huevos. Está lista para más.

Empiezo a darle embestidas más largas y potentes, follando su pequeño coño cada vez más fuerte y más rápido.

Recibe cada centímetro, gimiendo y aferrándose a mí como si estuviera disfrutando cada segundo. Su coñito caliente se contrae

alrededor de mi polla, haciendo que me resulte difícil contener el potente orgasmo que se acerca a la superficie.

—Date la vuelta —gruño mientras saco la polla y la agarro por las caderas. Ni siquiera espero a que lo haga ella. Estoy demasiado desesperado. He ido demasiado lejos. La levanto, le doy la vuelta y la dejo caer a cuatro patas.

Le agarro una nalga y guío mi polla de vuelta a su jugoso coño. Ambos gemimos cuando mi polla la llena de nuevo.

Así es como tenemos que estar siempre. Vamos a hacer esto todos los días a partir de ahora. Mañana, tarde y noche, sin protección.

No he traído condón, y dudo que ella tome la píldora.

Me estoy follando a esta chica sin nada entre nosotros. Solo mi polla dura, su coñito apretado y su vientre fértil esperando a que lo llene con mi semen.

Necesito *preñar* a esta chica. Necesito follármela hasta meterle un hijo dentro. Necesito que sea mía para siempre.

—Eso es —gruño mientras empiezo a darle embestidas más *profundas* y *largas*. Acelero el ritmo hasta que el cabecero golpea contra la pared y sus tetas se balancean con violencia debajo de ella.

—Quiero que te corras en mi polla —gruño.

Deja caer la cabeza y estira los brazos con un gemido. —Oh, joder, Julian…

—Córrete para mí, nena. Quiero sentir tu coñito apretado corriéndose por toda mi polla.

Le aprieto las nalgas y embisto con fuerza, empujando cada vez más y más fuerte hasta que ella grita y su coño se contrae sobre mi miembro. Se corre con violencia y la increíble sensación me hace estallar.

Su coño palpita sobre mi polla y me lanza al abismo. Embisto, mantengo la polla dentro de ella y me *libero*.

Un éxtasis ardiente me desgarra por dentro mientras me corro en lo más profundo de su coño virgen. Oleada tras oleada de mi semen entra en ella. Justo cuando creo que he terminado, me estremezco y sale un poco más.

Ahora es mía.

Si no la he dejado preñada esta vez, lo haré la próxima. No voy a parar hasta que esté unida a mí de todas las formas posibles. Quiero que mi simiente crezca en su vientre. Quiero que tenga un hijo mío. Quiero que sea mía de todas las maneras posibles.

Esta chica es para mí. Es mi alma gemela.

Lo sé con cada fibra de mi ser mientras la veo desplomarse en la cama con los ojos cerrados.

Me siento sobre los talones y la observo tumbada, más hermosa que nunca.

Mi cuerpo todavía me insta a abrirle las piernas y divertirme un poco más, pero está agotada. Ya se ha dormido.

Así que me tumbo a su lado, la rodeo con mis brazos, inspiro su embriagador aroma y le doy las gracias al universo por este increíble regalo que nunca dejaré de amar.

CAPÍTULO DIEZ

Abby

—¡¿Pero qué coño?! —jadeo mientras levanto la cabeza, somnolienta y aterrorizada.

Ah, es solo la alarma.

Está sonando a todo volumen por todo mi piso. Cojo el móvil y la apago.

La gran palma de Julian se extiende sobre mis hombros y me atrae de nuevo hacia él con un gemido. Estaba profundamente dormida, babeando sobre su cálido pecho desnudo.

—Tengo que levantarme —gruño—. Parece más difícil levantarse ahora que ayer, aunque no debería sorprenderme demasiado con este hombretón tan sexi en mi cama. No me importaría pasarme el día entero acurrucada junto a su ardiente cuerpo.

Hemos estado despiertos toda la noche. Puedo contar las horas que he dormido con los dedos de una mano.

Mi cuerpo todavía vibra de placer mientras ruedo fuera de la cama y mis pies tocan el suelo.

—No… —gime Julian—. No te vayas…

—Tengo que irme. Empiezo en doce minutos.

—Te daré un millón de dólares si te quedas conmigo una hora más.

Me río entre dientes mientras aparto la tentadora idea. —Duerme todo lo que quieras —susurro mientras me recojo el pelo y le beso la sien—. Estaré abajo, cagándola con las danesas.

Sonríe con los ojos cerrados.

Me preparo rápidamente y bajo a toda prisa. Trish está de un lado para otro en la pastelería, atareada como siempre. Aquí dentro se está muy calentito con todos los hornos encendidos y el olor es sencillamente delicioso. Gimo cuando saca unas cuantas bandejas de magdalenas de zanahoria.

—Toma, prueba una —dice con una sonrisa mientras coge la magdalena más grande y me la da. Todavía tengo cinco minutos, así que voy a la cafetera y me sirvo una taza mientras me como la deliciosa magdalena.

—Vuelves a encargarte de las danesas de arándanos —dice Trish. Me dan ganas de llorar.

—¿Estás segura? —pregunto, tragando saliva—. Ayer no me salieron muy bien.

—Se vendieron todas, ¿no?

Se va para meter unas tartas en el horno y supongo que con eso se zanja el asunto. Voy a hacer más danesas.

—Oye, Scott —digo mientras me dirijo a mi puesto y empiezo a sacar los ingredientes—. ¿Qué tal va la mañana?

—¿Sabías que Jar Jar Binks es un Lord Sith?

Oh, Dios. Otra vez no.

No puedo con este tío tan temprano.

Lo ignoro mientras no para de hablar de *Star Wars*, el boxeo borracho y los trucos mentales de los Jedi. De verdad que no puedo. A este tío no se le debería permitir hablar antes del mediodía.

Intento concentrarme en las danesas de arándanos y no en el hecho de que ya no soy virgen, ni en que el hombre de la montaña, muy capaz, muy grande y muy sexi que se ha encargado de ello sigue durmiendo en mi cama, justo encima de mi cabeza.

Me vienen a la mente imágenes de anoche mientras mido tazas de azúcar: mi espalda arqueándose, los profundos gruñidos de Julian en mi oído, su peso sobre mí, la sensación de éxtasis intenso cuando ambos llegamos al clímax a la vez.

Me estremezco al cerrar los ojos y visualizarme allí. Tengo tantas preguntas.

¿Qué significa esto? ¿Somos pareja? ¿Es mi novio? ¿Me está usando para una aventura? ¿Cuántas tazas de azúcar he puesto? ¿Cinco? ¿Seis?

Mierda.

Añado una taza más, porque más azúcar suele ser mejor que menos, y sigo con la receta.

—Porque ¿no te parece raro cómo se infiltró Jar Jar en el Senado? —dice Scott, acercándose a mí—. Da que pensar, ¿eh?

Dejo caer la cabeza con un gemido.

—Y luego piensa en cómo Jar Jar fue quien convenció al Senado para que votara a favor de dar a Palpatine el poder absoluto. ¿No te pareció raro?

—Vi esa peli cuando tenía como seis años —replico bruscamente.

—¿Pero no te pareció extraño?

—No. No sé nada de Jar Jar Binks, ni de Lores Sith, ni de votos del Senado, y no quiero saberlo. Así que, a menos que quieras ayudarme con estas malditas danesas, ¡déjame en paz!

Scott frunce el ceño y mira mi puesto. —Tienes que mezclar primero los ingredientes secos.

—¿Qué?

—Deja que te enseñe.

Se pasa la siguiente hora ayudándome y me salva la vida. Aprendo mucho mejor con Scott que con Trish. Scott se toma su tiempo, responde a mis preguntas y, la verdad, es agradable estar con él cuando no está hablando de películas.

Me siento *mucho* mejor cuando salen del horno con un aspecto de danesas comestibles de verdad.

Trish está encantada e incluso las pone en el estante de arriba del expositor, donde todo el mundo puede verlas.

A lo mejor, después de todo, no se me da tan mal este trabajo.

—Dejaré que Scott te forme en todo lo demás —dice Trish con una sonrisa—. Perdona por eso.

Ni me importa. Solo quiero aprender todo lo que pueda. Quiero bordarlo en este trabajo.

—Sabes —dice con una sonrisa—, creo que vas a encajar perfectamente con… Oh. Dios. Mío.

Sus ojos se abren como platos mientras mira por encima de mi hombro, en estado de shock.

Me doy la vuelta y me río entre dientes al ver a Julian saliendo por la puerta que da a la escalera. Sonríe cuando me ve y me siento tan ligera y eufórica que podría haber flotado hasta el techo si Trish no me estuviera agarrando del brazo, clavándome las uñas en la piel.

—Julian Long —susurra con los ojos fijos en él—. ¿En la trastienda de mi pastelería? Pero ¿cómo?

Se queda con la boca abierta y gira la cabeza bruscamente para mirarme. No puedo evitar reírme al ver la expresión de asombro de su cara.

—¿Tú… y Julian Long?

Me encojo de hombros mientras le sonrío.

—Hola, nena —dice Julian con voz profunda y adormilada mientras se acerca. Scott lo sigue con la mirada. Se ha quedado mirándolo con la boca abierta, como de costumbre.

Julian se inclina y me besa en los labios. Es tan natural y sencillo, como si lleváramos años juntos.

No sé cómo puede parecerme ya todo tan natural con este chico. Así es como debe de ser con las almas gemelas.

Trish respira agitadamente y se arregla el pelo de forma obsesiva a mi lado.

—¿Conoces a Trish? —digo, presentándosela con una sonrisa—. Es mi encantadora jefa nueva y la dueña de la pastelería.

—Por supuesto —dice Julian mientras le coge la mano—. Todo el mundo en el pueblo conoce a Trish.

Le besa el dorso de la mano y Trish casi se derrite en el sitio.

—¿A qué hora sales? —me pregunta Julian.

—A las dos.

—Pasaré a recogerte —dice—. Quiero enseñarle el pueblo a mi chica.

Mi chica.

—Vale —digo con una sonrisa permanente en la cara y el corazón desbocado—. Me encantaría.

—Nos vemos pronto —dice con esa voz sexi que tanto me gusta. Me coge la barbilla con su gran mano, me levanta la cabeza, se inclina y me da un beso largo y profundo en la boca. Estoy tan mareada que tengo que agarrarme al mostrador cuando por fin se aparta.

Él *no* me está usando como un lío de una noche. Los sentimientos no pueden ser tan intensos en un lío. Ni siquiera sé por qué se me ha pasado eso por la cabeza antes.

—Adiós, Trish —dice, haciendo que a ella le entre la risa tonta—. Adiós, chico de las pelis.

—¡Adiós! —dice Scott, saludándolo con entusiasmo.

—Nos vemos pronto —dice él con un guiño.

Los tres nos quedamos mirándolo en un silencio atónito mientras se va.

Trish respira hondo un par de veces para recuperarse y luego se vuelve hacia mí con una intensidad que me hace dar un paso atrás.

—¿Ha dormido aquí esta noche?

—Eh…, sí. ¿Pasa algo?

Oh, mierda, ¿me va a despedir por esto?

Sus ojos adquieren una mirada lejana mientras sonríe de oreja a oreja. —Julian Long ha dormido en *mi* pastelería. *¡Toma ya!*

Me río por la sorpresa cuando levanta el puño en señal de victoria.

—A mí no me gusta —dice Scott con el ceño fruncido.

—Hala —dice Trish mientras me pasa un brazo por los hombros —. Te propongo un trato. Yo te enseño todo lo que sé del negocio de la pastelería y tú me enseñas todo lo que sabes sobre cómo pillar a un hombretón de la montaña.

Me río. —Trato hecho.

EPÍLOGO

Abby
Tres meses después...

Es otoño en la Montaña Greene y dudo que ahora mismo haya un lugar más bonito en el planeta. Los colores son espectaculares. Rojos, naranjas, amarillos, marrones, mezclados con el verde allá donde mires. Hasta las calles están coloridas por todas las hojas que ya han caído.

Es un día fresco y soleado y estoy de excursión subiendo la montaña Bearskin con mi increíble hombre.

—¿Has rescatado a alguien en esta montaña alguna vez? —le pregunto mientras me giro para mirarlo.

Julian camina detrás de mí por el sendero y Charlie deambula unos metros por detrás de él. Nunca deja de ser impactante verlo. Llevamos tres meses juntos, viéndonos todos los días, y todavía me quedo pasmada por su belleza cada vez que levanta la vista y esos fascinantes ojos azules se posan en mí.

—Solo una vez —dice—. A una universitaria le dio un golpe de calor y tuve que bajarla en brazos.

Siento una punzada de celos. —¿Seguro que a ella le *encantó*?

Se encoge de sus enormes hombros. —Estaba bastante ida. No creo que se diera cuenta de lo que pasaba.

Ahora me siento mal por ella. Tenía a un hombre de la montaña guapísimo y musculoso rescatándola y no estaba despierta para disfrutarlo.

Seguimos subiendo por el sendero y siento una agradable calidez en el alma mientras contemplo el espectacular paisaje. Las montañas son impresionantes. Se extienden hasta el horizonte, con ríos serpenteantes que se abren paso entre los árboles y un lago resplandeciente a lo lejos, en el lado sur. Es un paraíso natural.

El cielo, de un azul intenso, se extiende infinito sobre nuestras cabezas con unos cuantos cúmulos flotando que parecen grandes bolas de algodón de azúcar blanco.

Estoy enamorada de este lugar.

La Montaña Greene se ha convertido de verdad en mi hogar.

Tengo un novio increíble que está atento a *todas* mis necesidades y un trabajo que de verdad está empezando a gustarme.

Levantarse a las cinco de la mañana no es tan malo cuando amas cada día. Salgo de la cama de un salto todas las mañanas y voy a trabajar con una sonrisa en la cara.

Scott me enseñó a trabajar en cada puesto y aprendí mucho de ese pequeño bicho raro. El estilo veloz de enseñanza de Trish no encajaba bien con mi metódico estilo de aprendizaje, así que me sentí muy aliviada cuando encontramos una solución mejor. Cuando conseguía que dejara de hablar de teorías cinematográficas, la verdad es que era bastante bueno y aprendí mucho. Incluso nos hicimos amigos. Bueno, «compañeros de trabajo con buena relación» es probablemente más exacto.

Ahora preparo pastas danesas, estiro la masa y horneo galletas, todo al mismo tiempo. ¡Trish está encantada con mi progreso e incluso me dijo esta semana que era la empleada más prometedora que había tenido nunca! Estaba eufórica.

—Mira el águila calva —dice Julian, señalando al cielo.

Me detengo con un grito ahogado cuando la veo planear en lo alto de las montañas. Es preciosa. Justo cuando creo que este lugar no puede ser más mágico, las hojas empiezan a cambiar de color o un hermoso animal se cruza en mi camino, y mi mente vuelve a alucinar. Este lugar está lleno de sorpresas.

Pero nada ha sido más sorprendente que Julian.

Nos llevamos tan bien. No tengo ninguna duda de que somos almas gemelas.

Siempre está hablando del futuro. Un hogar, hijos, envejecer juntos. Lo ve con tanta claridad. Me encanta oírle hablar de ello.

Me pidió que me mudara con él hace dos semanas y le dije que sí inmediatamente, porque, Dios, ¿quién no querría vivir con un hombre como él?

Julian tiene una casa *impresionante* con un arroyo que fluye lentamente por el patio trasero. Las vistas a la montaña son espectaculares, pero lo que más me gusta es el porche gigante que rodea la casa. Hay hamacas, mecedoras y sofás cómodos repartidos por él. Me encanta pasar tiempo ahí fuera leyendo las novelas románticas picantes de Trish.

Solo avanzo unos pocos capítulos hasta que Julian sale, me coge en sus musculosos brazos y me lleva dentro para recrear los capítulos más tórridos.

Estamos tan enamorados.

No puedo creer que todavía podría estar en Sacramento, trabajando en el concesionario de coches de segunda mano de mi tío tacaño y compartiendo piso con siete compañeros.

Ser valiente tiene su recompensa.

Charlie se aleja, siguiendo el rastro de un animal y olfateando el sendero en cuanto llegamos a la cima.

Aquí arriba hace fresco, pero no me importa. Sé que en cuanto lleguemos a casa, Julian encenderá la chimenea y podré acurrucarme en el sofá bajo una manta con una taza de café caliente. Julian se unirá a mí y entonces no tardaré mucho en entrar en calor de otra manera.

—Todavía estoy asombrada con este lugar —digo mientras contemplo la impresionante vista montañosa—. ¿Crees que me acostumbraré alguna vez?

Me doy la vuelta cuando no responde, y entonces ahogo un grito al verlo arrodillado.

—¿Qué haces? —pregunto con el corazón desbocado.

Se mete la mano en el abrigo y saca una pequeña caja azul.

¿Es eso...?

—Abby —dice con una voz profunda y sedosa mientras abre la caja y revela el anillo más brillante y hermoso que he visto en mi vida—. Cásate conmigo, nena. Te necesito en mi vida. Sé mi esposa y te haré la mujer más feliz del planeta.

Me cubro la boca con la mano temblorosa mientras lo miro conmocionada.

—¿Quieres casarte conmigo?

Ser valiente me ha dado buenos resultados hasta ahora. No es momento de acobardarse...

Se me inundan los ojos de lágrimas mientras asiento con la cabeza. —Sí —digo mientras mis lágrimas de felicidad se derraman —. ¡Sí, quiero casarme contigo!

Se levanta de un salto, me alza del suelo y me hace girar mientras grita como si fuera el momento más feliz de su vida. Envuelvo mis brazos y piernas alrededor de su cuerpo corpulento y lo aprieto con fuerza.

¡Nos vamos a casar! No puedo creerlo.

Hundo la cara en el hueco de su cuello musculoso e inspiro su aroma cálido y reconfortante; un aroma que podré oler el resto de mi afortunada vida.

EPÍLOGO

Abby
Dieciocho meses después...

—¡Ahí está mi cosita! —chillo cuando veo a mi pequeño todo abrigadito en los brazos de Julian. Salto por encima del mostrador de la pastelería y corro directa hacia las dos personas más importantes del mundo y les doy un abrazo enorme.

Nuestro bebé, Nathan, tiene ocho meses y es absolutamente adorable. Está todo embutido en su traje de nieve y solo se le ven las mejillas rojas y regordetas y los ojos azules y brillantes que ha heredado de su padre.

—¿Te lo has pasado bien con papá?

Chilla y patalea con sus piernecitas.

—Siempre supe que vosotros dos tendríais unos bebés monísimos —dice Trish mientras sale a toda prisa de detrás del mostrador para saludar. Por supuesto, mira a Julian de arriba abajo. Parece que no puede evitarlo y, sinceramente, no la culpo.

—Hola, Trish —dice Julian, dedicándole una gran sonrisa.

Ella empieza a sonrojarse, como siempre. —Hola, Julian.

Cada vez que él le habla, esta mujer fuerte y segura de sí misma parece que está a punto de soltar una risita tonta. Aunque no es

solo con Julian. Todos los montañeses buenorros de la Montaña Greene parecen tener ese efecto en ella.

Le quitamos el traje de nieve a Nathan y los tres cogemos una mesa junto a la pared de ladrillo. Cojo algo de picar para nosotros y todos nos reímos cuando Nathan desgarra un trozo de pan caliente y se lo mete en la boca con los ojos como platos.

Adoro a mi pequeña familia.

Julian y yo nos casamos el otoño anterior al pasado. Estuvimos prometidos unos cinco minutos antes de que no pudiéramos más y nos casáramos. Fue una ceremonia preciosa en el Greene Mountain Lodge. Un montón de familiares y amigos míos vinieron a pasar el fin de semana y nos lo pasamos en grande. Fue perfecto.

Me mudé a casa de Julian y nunca he mirado atrás. Me dio pena dejar mi coqueto apartamentito de encima de la pastelería, pero se me pasó muy rápido en cuanto me di cuenta de que podía dormir en la misma cama que Julian y su enorme polla todas las noches.

Después de quedarme embarazada, lo que fue una sorpresa a pesar de que nunca habíamos usado protección, mis días trabajando en la pastelería estaban contados. Lo dejé cuando me puse demasiado grande para moverme sin tropezarme con Scott o Trish cada vez que me daba la vuelta. Ahora que Nathan ya está aquí, sigo haciendo uno o dos turnos a la semana para ayudar a Trish. Julian cuida de nuestro bebé o, si hay una emergencia, su maravillosa hermana Ivy se queda con él.

Terminamos nuestros tentempiés, nos despedimos de Trish y nos vamos a casa.

Esta es siempre la mejor parte de mi día: volver a casa.

Nathan se duerme en el coche y Julian lo sube a la cama.

—¿Qué quieres para cenar? —le pregunto cuando vuelve a bajar.

Me mira de arriba abajo con una expresión voraz. —Tengo hambre de ti.

Grito ahogadamente mientras me levanta con esos enormes brazos musculosos. Se inclina, me besa en los labios y yo gimo al saborearlo.

—Has estado trabajando todo el día —dice mientras me lleva escaleras arriba—. Yo me encargaré de la cena después de

encargarme de ti.

Suelto una risita cuando me lanza sobre nuestra cama y luego se sube, más sexi que nunca.

Se quita la camisa y se me escapa un gemido al ver todos esos músculos duros y cincelados. *Adoro* su cuerpo. Su visión *siempre* me pone a mil.

Separo las piernas mientras se sube al colchón y viene hacia mí.

Me besa y me acaricia con esas manos grandes mientras me quita la ropa y la tira a la silla.

Por esto me encanta volver a casa.

Me encanta volver a casa con él.

Gimo demasiado fuerte cuando desliza su polla grande y gruesa en mi coño empapado.

Mi montañés me folla con fuerza hasta que grito contra la almohada y me corro por toda su polla.

Cuando terminamos, no puedo mantener los ojos abiertos.

Me arropa, apaga la luz y baja a preparar la cena.

Este tío es la puta hostia.

EPÍLOGO

Julian
Treinta años después...

Hoy me rinden homenaje por toda una vida de servicio. Cuarenta años en Búsqueda y Rescate. He salvado a ciento catorce personas y a una cabra. No preguntéis.

Sonrío cuando dicen mi nombre y subo al escenario, pero siento que esto no está del todo bien.

Deberían estar homenajeando a Abby.

Fue ella quien me rescató a mí.

He tenido el placer de pasar tres décadas de mi vida con esa maravillosa mujer y estoy lleno de gratitud por cada segundo.

Tengo el corazón rebosante de emoción mientras recojo el premio de manos de Colin y Aiden, que son quienes me lo entregan. Los abrazo a ambos y se van a sentar mientras yo me acerco al atril para dar un discurso.

La sala está llena de mi increíble familia, de mis amigos y de algunas de las personas a las que he rescatado a lo largo de los años. Mis seis hijos están en mi mesa con sus novios y novias, pero es a mi precioso ángel a quien estoy mirando.

Abby me sonríe con orgullo. Está tan radiante.

Hemos pasado por las duras y las maduras, pero todavía es capaz de dejarme sin aliento.

—Este premio significa muchísimo para mí —digo por el micrófono mientras la gente increíble que he ido reuniendo a lo largo de mi vida me escucha—. Doy las gracias al pueblo de Greene Mountains, a algunos compañeros, a algunos amigos, a Aiden y a Colin. Doy las gracias a mis maravillosos hijos y luego llego a la persona más importante. Mi esposa.

—Cuarenta años en este oficio, y parece que ha sido un abrir y cerrar de ojos. He visto lo mejor y lo peor de cada situación y, en medio de todo, ha habido una constante: mi increíble esposa, Abby.

Ella sonríe mientras nuestras miradas se encuentran. Ojalá se me ocurrieran mejores palabras para hacerle saber lo mucho que significa para mí. Lo mucho que la quiero.

—Cariño, has sido mi ancla, mi motivación y mi mayor fan. No sé dónde estaría sin ti. Ver tu cara sonriente por la mañana y sentir tu amor incondicional a lo largo del día me ha dado la fuerza para enfrentarme a todas las tormentas, tanto en las montañas como en la vida.

—Cada vida que hemos salvado, cada persona que hemos devuelto a su familia, es un testimonio del poder del amor y de la conexión humana. Detrás de cada rescate hay una historia de esperanza, y detrás de cada héroe hay alguien que cree en él. Para mí, ese alguien es mi increíble esposa. Abby ha estado ahí durante las largas noches, las preocupaciones y las veces que no he podido estar en casa porque el deber me llamaba. Su amor ha alimentado cada rescate audaz, cada escalada difícil y cada latido de mi corazón.

Se seca una lágrima y yo regreso al primer momento en que la vi: cuando se acercó a mí y me entregó su tique. Le ajusté el arnés de puenting y saltó del puente, llevándose mi corazón con ella.

—Así que, aunque soy yo quien sostiene este premio —continúo —, quiero que sepáis que nos pertenece a todos, especialmente a mi maravillosa esposa. Esto no es solo un reconocimiento a mi trabajo; es una celebración del amor que nos da el poder para hacer lo que hacemos. Sigamos difundiendo ese amor, sigamos salvando vidas y

sigamos recordándole al mundo que, incluso en los terrenos más difíciles, el amor es la fuerza más poderosa de todas.

Doy las gracias a todo el mundo y recojo mi premio. Todos en la sala se ponen en pie y estallan en vítores y aplausos.

Toda la gente que conozco está aquí, pero voy directo hacia mi chica.

No le quito los ojos de encima.

Me dirijo directamente hacia Abby, la rodeo con mis brazos y la beso como si no hubiera un mañana. Los vítores se vuelven ensordecedores.

Y nuestro amor se hace todavía más profundo.

El fin.

¡Más de esta serie disponible pronto!

Descubre los libros de Olivia T. Turner
https://www.oliviatturner.com/espanol.html

***

Ve directamente a Amazon.es.
https://www.amazon.es/stores/Olivia-T.-Turner/author/B06XYXNTHJ



Killian
Heartlands MC
Libro 1
Olivia Turner

Obtén el libro aquí

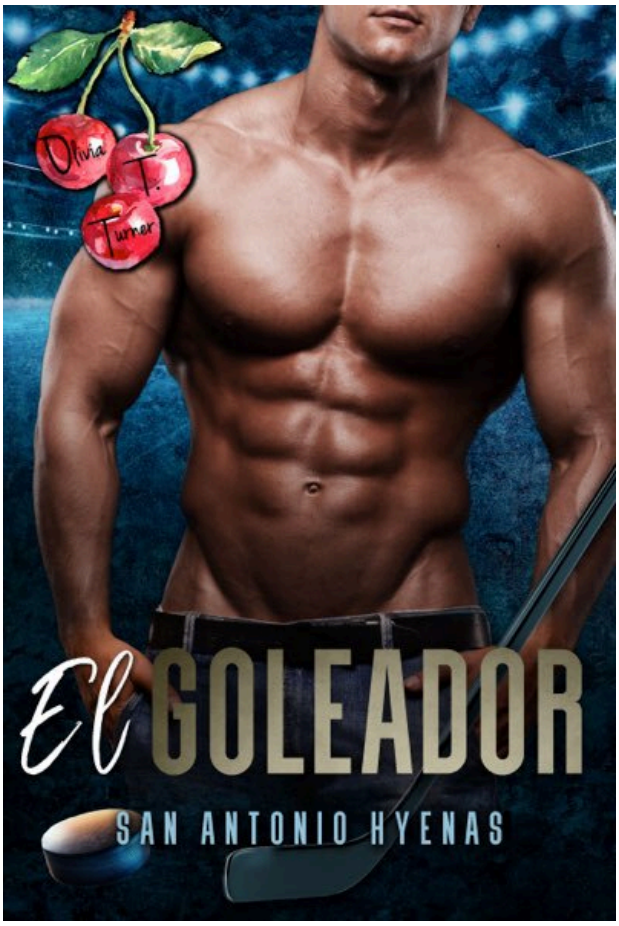
No hay nadie más prohibido para mí y para la banda de Heartlands que la hija del Sheriff.
Pero una vez que la veo, sé que no hay nada que no haría para hacerla mía.
Y sé que no hay nada que el Sheriff no haría para detenerme.
Todo el mundo siempre me ha visto como un forajido.
Un criminal. Un ladrón.
Pero ella no.

Ella ve el gran corazón bajo mi duro exterior.
Ella ve al hombre que podría ser.
Quiero ser ese hombre para ella, pero es difícil cuando las bestias de mi pasado vienen a llamar.
Cuando hay deudas de sangre que pagar.
Y cuando su padre quiere mi cabeza en una pica por tocar a su princesa.
Con suerte, el amor es más fuerte que las balas...
Porque voy a tener muchas dirigidas hacia mí.

Los machos alfa del Club de Moteros Heartlands son los hombres más posesivos, devotos y territoriales del país cuando se trata de aquellos a quienes aman.

Heartlands es una nueva serie áspera y robusta de historias independientes. Cada libro hará rugir tus motores y acelerar tu corazón. Garantizado.

Obtén el libro aquí



El Goleador
Libro 1
Olivia Turner

Obtén el libro aquí

He estado enamorada de Sebastian Kemp desde segundo grado.
Sí, *el* Sebastian Kemp.
Jugador de hockey mundialmente famoso. Playboy internacional. Guapísimo rompecorazones.
Lo sé, ¿verdad? Ponte a la cola.
He sido la mejor amiga de su hermana menor desde segundo grado, pero estaba convencida de que él había olvidado que yo existía.
Por eso me sorprendí tanto cuando encendí las noticias y vi mi nombre y mi cara por todas partes, diciendo que estábamos

comprometidos.
Aparece de la nada.
Ocho años desde la última vez que lo vi y de alguna manera se ve aún más guapo.
Dice que necesita que finja ser su prometida.
Solo por una noche.
Qué provocador.
Es como finalmente conseguir tu postre favorito, pero solo te dan un pequeño bocado.
Aun así, cualquier probada de Sebastian es mejor que nada.
Le daré un mordisco en cualquier momento.
Al final de la noche, mi amor platónico de toda la vida parece que quiere devorar*me*.
Pero, ¿es real o parte de la farsa?
No tengo ni puckin' idea.

Conviértete en fan del equipo de hockey más candente de la ciudad: Los Hienas de San Antonio.
¡Donde los chicos saben cómo manejar sus grandes palos y son tan calientes que derretirán el hielo!

Una nueva serie de hockey ardiente de la especialista Olivia T. Turner. Amor a primera vista en su máxima expresión sin infidelidades y siempre garantizando un final feliz súper dulce.

Obtén el libro aquí